

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SOR MARÍA LUISA ZANCAJO DE LA MATA
GRAN MÍSTICA DEL SIGLO XX**

S. MILLÁN – 2019

**SOR MARÍA LUISA ZANCAJO DE LA MATA
GRAN MÍSTICA DEL SIGLO XX**

**Imprimatur
Monseñor José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)**

S. MILLÁN – 2019

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus primeros años.
Primera comunión.
Amistad con Jesús.
Rebelde sin causa.
Su carácter.
Operaciones y enfermedades.
Milagrosa curación.
Consagración y confianza.
Oficios en el Asilo.
Fuera del Asilo por la guerra.
Cuidando enfermos.
La liberación.
Visitas de Jesús y María.
Fundación del Instituto.
El cuarto voto.
Vida de Comunidad.
Prodigios del Señor.
Maestros de novicias.
Maestras de enseñanza.
Nueva Casa.
Fundación en Hellín.
Testimonios.
La Congregación.
Espiritualidad.
El amor de Jesús.
Jesús Eucaristía.
Las llagas.
Carismas a) Agilidad.
b) Bilocación.
c) Conocimiento sobrenatural.
d) Locuciones interiores.
e) Fuego divino.
f) Visiones sobrenaturales.
g) Perfume sobrenatural.
h) Visión del cielo.
i) Su ángel.
j) Intervención sobrenatural.
Su muerte.

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de sor María Luisa Zancajo de la Mata es una vida extraordinaria, fuera de serie. Tuvo muchos carismas y dones sobrenaturales. No solo recibió las llagas de Cristo, tuvo también el don de la bilocación, del conocimiento de los corazones, éxtasis, arrobamientos y raptos de amor, que se manifestaban en un fuego interior que quemaba hasta exteriormente.

Ella quiso vivir según el espíritu de santa Teresita del Niño Jesús, que fue su maestra espiritual en hacer un voto de víctima de amor y seguir sus pasos, viviendo abandonada en la providencia divina como una niña. Esta espiritualidad de la infancia espiritual la vivió ella en toda su intensidad con su papá Dios, en quien confiaba totalmente, especialmente en los momentos más difíciles, cuando faltaba de todo para vivir. Y Jesús no se dejaba ganar en generosidad y no la defraudaba en sus esperanzas y hasta multiplicaba los alimentos o el dinero para comprarlos.

En realidad es una vida maravillosa, pero no menos real. Además debemos tener en cuenta que esos carismas no han sido exclusivos de la Madre Luisa, sino que muchos otros santos también los han tenido, lo que no quita su grandeza y generosidad a la hora de ofrecerse a Jesús como víctima por la salvación del mundo, especialmente de los pecadores.

Aprendamos de ella a ser generosos con Dios, ofrecerle nuestros sufrimientos con amor, estando disponibles a lo que nos pida. Vivamos para Él, vivamos para la eternidad. Al final Dios nos recompensará y nos dará el cien, el mil o el millón por uno. Como dice san Pablo, *nos dará mucho más de lo que podemos pedir o imaginar* (Efesios 3, 20). *Él proveerá a todas nuestras necesidades según sus riquezas en Cristo Jesús* (Filipenses 4, 19).

Nota.- A se refiere a la Autobiografía, Ed. Misionera de la Caridad y la Providencia. Los principales datos de este libro están tomados de esta Autobiografía, resumida en muchos puntos y de los que hemos corregido algunas palabras para hacerlo más inteligible.

Yo soy testigo hace referencia al libro del padre Manuel Soria, su director espiritual, titulado: *Yo soy testigo*, Hellín (Albacete), 1984.

Antología nos lleva al libro *Antología de los escritos*, Ed. Monte Carmelo, 2006.

Escondida en Jesús, al libro del mismo nombre de Alfredo Tolín, Ed. Monte Carmelo, 2004.

SUS PRIMEROS AÑOS

Refiere en su Autobiografía. *Nací en Sinlabajos (Ávila), el 4 de noviembre de 1911, festividad de San Carlos Borromeo, si bien me dieron por patrón a san Luis Gonzaga. Fui bautizada el seis de diciembre del mismo, en la parroquia de Sinlabajos (Ávila). Los nombres de mis padres: Ramón Zancajo Baig, natural de Arévalo (Ávila) y Carmen de la Mata González, natural de Finolledo (León). Mi padre había terminado la carrera de abogado, pero no la pudo ejercer, no obstante vivíamos bien, pues disfrutábamos de bastante buena posición. Fuimos cinco hermanas: Carmen Máxima, (muerta), Manuela Luisa (viviente), María Luisa (la que esto escribe), Carmen (A esta la pusieron así por la que había muerto). Más Esperanza que fue la última, también muerta a los cuatro años. Vivíamos en Sinlabajos hasta que yo tenía dos años. Dios me envió una parálisis infantil, quedando parálitica de las dos piernas. Esto fue motivo para trasladarnos a Madrid, con el fin de ponerme en cura, en cuya capital perdimos toda la hacienda.*

En Madrid comenzó un peregrinaje casi diario de María Luisa, acudiendo a médicos, hospitales, a curas de todo tipo y siempre caminando en los brazos de su madre. Si iba andando con las muletas, con tanto caminar, se cansaba y se tardaba mucho más tiempo. No quedaba otro remedio que llevarla en brazos.

El 26 de mayo de 1916 ingresó en el hospital del Niño Jesús para ser operada de la parálisis de las piernas. La operaron nuevamente el 18 de septiembre del mismo año y esta vez permaneció ingresada hasta el 18 de noviembre. Acababa de cumplir cinco años.

El padre cayó enfermo y tuvo que ser hospitalizado durante varios meses. Los remedios médicos aplicados a María Luisa no surtieron el efecto deseado, ni siquiera los baños caleños, seguramente muy dolorosos, que le daba la madre, pues era poner cal pura en una artesa y poner encima a la niña. La situación económica familiar estaba muy deteriorada y había que mantener a tres niñas. Doña Carmen, mujer decidida, tuvo que sacar a la familia adelante y se puso a trabajar. Comenzó a trabajar en el Casino de Madrid, limpiando y fregando y entretanto las niñas se quedaban solas. Su madre recuerda que había enfrente de su casa un chico llamado Miguel que siempre estaba medio muerto de hambre. *A mí no es que me sobrase, pero en el Casino sabían que tenía tres niñas y algunas*

veces me daban algo para traerme a casa. Siempre que traía, decía María Luisa: “Dale algo a Miguel, el pobrecito”. Y ella cogía se lo daba ¹.

Como las niñas no podían quedarse solas, buscó unos asilos-colegios gratuitos de la beneficencia para tenerlas internadas. María Luisa por su enfermedad fue acogida en el Asilo san José, regido por las religiosas Mercedarias de la Caridad. Manuela, la mayor con diez años, es internada en el Asilo Nuestra Señora de las Mercedes y Carmen, la pequeña con tres años, ingresó un tiempo después con su hermana Manuela.

María Luisa ingresó en el Asilo a fines de 1916 con cinco años. Era una de las más pequeñas del Asilo. Ella nos dice en su Autobiografía: *Sin duda, Jesús permitió esto para mi bien. Yo fui llevada al Asilo de San José, de Ayala 71. Dirigido por las religiosas Mercedarias de la Caridad. Esta casa había sido fundada expresamente para inválidas. Tenía yo entonces cinco años de edad ².*

PRIMERA COMUNIÓN

Apenas ingresé allí me prepararon para recibir a Jesús. Entonces regía aquella casa la Superiora Madre Nieves, de gran mérito de virtudes. Sólo una cosa me hacía sufrir. Yo que estaba acostumbrada a los besos y caricias maternas, no podía tolerar aquella falta de cariño que hasta entonces no me había faltado, y sin saber por qué, me gustaba subir a la capilla a consolarme de aquello que yo llamaba mi desgracia. Con todo mi pesar, se lo contaba a Jesús, pues me decían en las explicaciones de catecismo que Jesús era amigo de los niños, y logré al fin que saliese Jesús del sagrario y se pusiese a jugar conmigo. A Jesús debo el saber leer, pues Él mismo me enseñó. Todas estaban admiradas, cómo sin haberme enseñado nadie, había aprendido en tan corto tiempo y lo achacaban a mi listeza. Yo callaba, pues no sé qué secreta causa me obligaba a guardar silencio. Enterada que era el Niño Jesús el que había de recibir, no suspiraba por otra cosa que por la llegada de tan venturoso día y en los ratitos en que me hacía compañía de mis juegos mi Jesús, sentía inflamarse mi tierno corazón en un cariño el más acendrado para con Él. Llegó por fin el suspirado día. Escogieron para mi primera comunión con mi Jesús, el 19 de marzo de 1918, festividad de San José. Como preparación estuve la víspera de retiro. ¡Cuántas cosas le decía a Jesús! Tenían por costumbre hablarnos en las enseñanzas de Santa Imelda (el Papa León XIII la había nombrado patrona de los niños de primera comunión).

¹ Escondida en Jesús p. 43.

² A pp. 9-10.

A mí se me quedó tan grabado aquello que frecuentemente le solía decir a Jesús: “¡Jesús, te amo! ¡Quiero ser siempre tuya! ¡No quiero ofenderte jamás!”. Cuando esto decía, mi corazón latía con gran violencia y parecía querer salir de mí. Esto lo llamaba yo, mis actos de amor. El buen Jesús, al verme tan loquilla, me solía contestar: “¡Cuánto te amo yo también!”. Cuando llegó el feliz día, no pude dormir en toda la noche, pues se me hacían largas las horas para abrir mi corazón a mi Jesús. Llegado el momento qué de cosas le dije! ¡Jesús, te amo, me entrego a Ti! ¡Soy tuya para siempre! ¡Me consagro a Ti! ¡Antes que pueda ofenderte, llévame contigo, mi Jesús! Puedo decir que Jesús me quería para Él solito, pues no hubo nadie que impidiera nuestra continua conversación ³.

AMISTAD CON JESÚS

Todos los años por el día de los santos Reyes tenían costumbre las religiosas de ponernos juguetes en la cama. No recuerdo fijamente si era el primero o segundo año. Lo que sí recuerdo es que días antes nos dijo la Superiora: “Van a venir los Reyes con juguetes para las niñas. Si queréis que os traigan muchos, tenéis que prometerme una cosa. ¿Lo haréis?”. Todas respondimos que sí. Pues bien, repuso: “No volveréis las cabecitas, cuando estéis en la capilla, sobre todo en la santa misa, porque con eso llora el Niño Jesús. Ya veréis cómo la que mejor lo cumpla, Él dirá que le pongan más juguetes”. Desde aquel día, cada vez que entraba en la capilla, recordaba las lágrimas del Niño Jesús y, a pesar de tener sólo cinco o seis años, no volví a disgustarle con esto. No tuvieron que advertírmelo más. Llegada la noche de Reyes. Las religiosas, simulando que eran los Reyes, nos colocaron los juguetes en las camas. Yo estaba despierta, pero estuve muy quietecita. En cuanto oí que las Reyes no estaban en la habitación y cerraban la puerta, me vestí con mucho cuidadito. No podía temer ser descubierta, pues sólo dormíamos en esa habitación cuatro y las otras tres estaban como troncos. Después de vestida, me subí el vestido y coloqué mis juguetes dentro, y como no podía bajar con las muletas, determiné bajar a rastras hasta llegar a la capilla. Ignoro si la puerta estaba abierta o cerrada, solo sé que yo entré, llamé a Jesús y salió a jugar. Le enseñé mis lindos juguetes. Le di gracias por habérmelos dado, y le pedí perdón por mis faltas de respeto de volver la cabeza y le prometí no hacerlo más. Jesús estaba contento. Me perdonó. Jugamos un rato y después nos despedimos con muchos besos y marché a la cama ⁴.

³ A pp. 10-11.

⁴ A pp. 44-45.

REBELDE SIN CAUSA

Un día me llamó la que estaba encargada de mí para lavarme la cara. Yo que era enemiga de chapuzones, apenas comenzó a lavarme empecé a dar grandes gritos y me tiré al suelo pataleando. Las religiosas, viendo mi soberbia, ordenaron que me dieran azotes y me encerraran en un cuarto. En otra ocasión, estando jugando con mis amigas, no se me ocurrió otra cosa que encerrar a una entre la verja de la ventana y el cristal. Quiso dar la vuelta y al intentar, reventaron los cristales. La hermana encargada, que era entonces sor Remedios, me obligó a pagarlos y tuve que enterar a mi madre de mis travesuras ⁵.

Cuando tenía ya cerca de los siete años, sucedió el hecho que voy a relatar. Había epidemia contagiosa de calenturas tifoideas. Para evitar en lo que se pudiera el contagio, en que ya habían caído algunas enfermas, determinó el médico que nos purgaran. Un buen día dispuso la Superiora María Nieves que cada una de nosotras preparase un vaso de agua en el que nos echaban una cucharada grande de sal de higuera. Yo, enemiga de las purgas, escondí mi vaso y me metí debajo de la mesa. Como siempre suele suceder en estos casos, me vieron y no faltó quien se lo contó a la hermana. Me llamó la hermana y, cogiéndome entre dos, me sujetaron fuerte la nariz y quieras que no, me lo echaron a la boca. Imagínese si sería mala que no lograron hacerme tragar una gota. Lo mismo era echármelo, que soplarlo. Al fin tuvieron que determinar dejarme pues les puse las tocas perdidas y no consiguieron que entrara nada en mi estómago. Al atardecer fue la segunda etapa. Para que esto fuese más eficaz, pusieron otro remedio de prevención. Yo, recordando lo ocurrido por la mañana, pero decidida a no tomarlo, subí al wáter de las hermanas, y me encerré con pestillo, no sin picardía, pues pensé: Si me encierro en el de niñas, pueden pensar que soy yo, mientras que en el de hermanas, como no entramos las niñas, pensarán que es alguna hermana. Me salió bien. Allí estuve hasta que oí el toque de campana a la oración de las hermanas. Entonces salí de mi escondite y me reuní con todas, hasta la hora de la cena. Esta era yo en mi corta edad de seis y siete años. Otro día, también alrededor de esta edad, no se nos ocurrió otra cosa que vestirnos de monjas. Era sábado y habían puesto la ropa de mudarse. Éramos cinco pequeñas poco más o menos de la misma edad. Aprovechando que las religiosas estaban cenando, cogimos camisas, enaguas, toallas y cuanto encontramos al paso y nos lo pusimos. Las camisas y enaguas de hábitos, las toallas de escapularios, tocas y velos. Cuando más a gusto estábamos, remedando a las monjas en sus rezos, nos vieron. De pronto no nos reprendieron, pues les hizo gracia vernos así disfrazadas, rezando el Oficio Parvo y en latín.

⁵ A p. 46.

Después de la comida tenían el recreo las hermanas y a él nos llevaron a las cinco revoltosas. Nos preguntaron quién había sido la inventora. Enseguida respondí: “Yo, Madre, yo he sido”. Aunque supiera que me iban a castigar, decía la verdad. Me cogieron y me castigaron, diciéndome: “Nos vamos a rezar Vísperas, tú mientras tanto, pide pimientos rellenos”. Me decían, esto, porque el día anterior nos oyeron decir, en lugar de “Aleluya. Memento rerum. Aleluya”. Pimientos rellenos. ¡Buena gana tenía yo de pimientos rellenos! Me castigaron sin merendar por mi soberbia y a la mañana siguiente nos presentaron al confesor, diciéndole lo que habíamos hecho. Él nos tomó declaración una por una y nos dio por penitencia una parte de rosario cada una y decir a la Superiora de su parte que nos diera el mayor castigo que tuviera. Así lo hicimos, pero la Superiora se conmovió y nos perdonó⁶.

SU CARÁCTER

Nos dice: No he dicho nada de mi carácter, con el cual tanto hice sufrir a mi Jesús. Era llorona hasta el extremo. Bastaba que me mirasen con rostro serio, para que me echase a llorar. Recuerdo que en una ocasión en que iba a comulgar, me eché distraídamente a la boca un hueso de cereza. Una de las mayores que me vio, me dijo: “No puedes comulgar”. No había acabado de pronunciar la frase, cuando comencé a llorar con unos gritos y unos pataleos, que parecía que me mataban. Me castigaron, pues creyeron que mi corazón estaba lleno de soberbia. Pero confieso que mi llanto provenía de no poder recibir a mi Jesús. Me encontraba ansiosa de sus mimos. Siempre o casi siempre oía dentro de mí su dulce voz. Otro defecto que tenía en aquella edad, era el de ser muy descarada, contestona y desobediente. Tenía por costumbre esconderme cuando oía el toque de campana para el santo rosario, marchándome a jugar, con el fin de rezarlo sola en la capilla, en ocasiones en que nadie me veía, para de esta forma hacer a Jesús salir del sagrario para jugar conmigo, cosa que conseguía con mucha facilidad. En estas ocasiones me decía Jesús: “¡Ay nena! ¡Qué dominio tiene tu amor en Mí”. Tenían las religiosas la costumbre de castigarnos a las pequeñitas cuando hacíamos alguna de las nuestras, en un hueco que hay debajo del altar mayor. La primera vez que me tocó tenía de verdad un gran susto, pero cuando oí a Jesús que me decía: “No llores que estoy aquí”, se acabaron para mí las lágrimas por este castigo y me sentía la criatura más dichosa. Allí nos abrazábamos, nos besábamos, nos demostrábamos nuestro amor de mil maneras, y en varias ocasiones, también me mostraba su santo enojo, pues le disgustaba mi poca enmienda respecto de mis imperfecciones, las cuales a pesar del mucho cuidado que procuraba poner, siempre estaba lo

⁶ A pp. 89-91.

mismo. ¡Pobre Jesús! ¡Cuánto amor por su parte! ¡Cuánto desamor por parte mía!

Si alguna religiosa me mandaba algo. ¡Qué vergüenza! mi contestación más convenida era: ¡No quiero, no me da la gana, lo hace usted! Ordinariamente era la designada para hacer la lectura espiritual a las religiosas y también a las asiladas. Una vez, me llama una religiosa y la amenacé diciéndole: “No quiero leer y, si me coge en brazos, le daré un beso”. Dicho y hecho, la religiosa me cogió y yo le di un sonoro beso. Después lo sentí, pues me dijo que había cometido un pecado. ¡Qué ganas tenía que llegase el día de mi confesión, para decir al confesor todo cuanto había hecho y así quedarme tranquila.

Y llego el día y me confesé. Gran alegría sentí cuando el confesor me dijo: “No lo vuelvas a hacer. No es pecado, ni siquiera falta, pero guarda tus besos para Jesús”. En otra ocasión y también por la lectura, volví a ofender a Jesús...

Apenas me di cuenta, corrí llorando a Jesús. Llorando lo encontré a El también. Me eché en sus plantas y escuché llorando su justa reprensión: “Te quiero obediente y sumisa para con los superiores, iguales e inferiores. Me imitarás a Mí, que siempre obedecí. Mirarás a las religiosas como almas consagradas a Mí, en las cuales me complazco. Y a todas las demás como superiores a ti. No ofenderás a nadie con tus palabras. Antes por el contrario me bendecirás a Mí”. Y muy severo, agregó: “Te privaré de mi presencia y no volveré a ti hasta tanto no te hayas corregido de esos defectos que tanto me ofenden”. Así fue en efecto. Estuvo por un largo espacio de tiempo sin visitarme, sin hablarme, sin conducirme. Esto sí que fue duro. Yo acostumbrada a contarle todo, a no pasar ningún detalle o acontecimiento sin hacérselo presente. Me encontraba sola en medio de una gran oscuridad y con mi corazón lleno de amargura. Y no por prueba, sino por castigo, por maldad, por incorregible, por desleal e ingrata. ¡Cuánto hería mi corazón este pensamiento! Con cuánto fervor repetía: “¡Perdón, Jesús, te amo y prometo la enmienda!”. Creo, padre, que se lo decía con más amor que cuando gozaba de su compañía, y a tanto llegó mi fervor, fue tanto lo que me esforcé que al cabo de un poco de tiempo en esta lucha, logré aprender a orar, de tal forma que creo no interrumpía mi oración ni con el sueño.

Hasta que un día, volvió de nuevo a mí. Y le vi, y escuché sus divinas palabras, y sus miradas se posaron en mí. El gozo vino a inundar mi corazón. Con qué deseos de agradarle le decía: “Me pesa ¡Jesús mío! de haberte ofendido. Te prometo, Jesús, no ofenderte jamás”⁷.

⁷ A pp. 13-16.

Otro suceso. Cuando tenía once años, había una religiosa, que se llamaba sor María Rufina. *Era profesora de música y nos enseñó a cantar en la capilla. Como era joven, con apenas 17 años, le gustaba jugar y siempre que podía se entretenía con nosotras. Sabíamos de sobra que estaba de paso. Pero yo de ninguna forma pensaba que se la llevarían tan pronto. En fin, que como era guapísima, simpática y juguetona, se aficionó a ella mi corazón y, cuando se la llevaron, no sé cómo no caí enferma, ya que me pasaba los días llorando y apenas comía. Jesús me soportaba con paciencia este desvío. Un día en que estaba llorando me dijo: “¿Me amas?”. Sí, le dije: “Te amo, Jesús mío”. “¿Me amas más que a esa hermana por la cual lloras?”. Yo le dije que sí, que más que a ella. “Entonces, hija mía, ¿cómo me explicas que lloras por ella, y no lloras por las ofensas que yo recibo, habiéndote escogido por mi reparadora? Ámame a Mí y a todos por Mí, pues para eso creé tu corazón”⁸.*

OPERACIONES Y ENFERMEDADES

Hubo una epidemia de calenturas tifoideas. Y entre otras muchas me tocó también a mí. Todas o casi todas pasaron allí su enfermedad, cuidadas por las religiosas. Caigo enferma yo y ¡Bendito sea mi Jesús!, fui recluida en el Hospital provincial. Allí sólo Dios sabía lo que me esperaba, pues solo Él sabía lo que me convenía, para extirpar de mi corazón cualquier otro amor que no fuera el suyo⁹.

Por otra parte mis padres decidieron operarme de las piernas, tenían la esperanza de verme andar. Sufrí nueve operaciones en distintos años, es decir de los doce a los catorce años. Las sufrí con gran alegría, pues anhelaba parecerme a mi Jesús. Pensaba: “Si me pongo buena, seré carmelita descalza o mercedaria”. ¡Otros eran los designios de Jesús sobre mí! Después de las tres primeras operaciones, me llevaron a restablecerme a casa, tenía ya trece años. Ya en casa de mis padres, el Señor se dignó probarme con una grave enfermedad, la difteria. Los médicos no acertaban con mi enfermedad y padecía grandemente con gran pena de todos, que veían que estaba próxima a ahogarme. En una de estas ocasiones, en que parecía llegar un cercano desenlace, prorrumpí en agudas quejas diciendo: “Ay Jesús mío! ¡Cuándo me moriré!”. Entonces vi a un niño que con sus resplandores me cegaba, vestido de azul, cara blanquísima, pelo rizado color de oro, mirada dulce, voz armoniosa y tierna, con los pies descalzos, y una cruz cubierta de espinas de todos los tamaños. Se adelantó a mí y me dijo: “¿Qué te pasa?”. Yo le contesté: “¡No puedo, no puedo más Jesús mío!”.

⁸ A p. 52.

⁹ A p. 17.

Entonces Él me respondió: “¡Cesa de quejarte!”. Y señalándome una espina pequeña me dijo: “Aún no has sufrido ni esto. Si por espacio de tres días no te quejas y llevas con paciencia los dolores que te envíe, te curaré, pero no acabarán aquí tus padecimientos, pues te he designado para sufrir”. Dicho esto, me puso la mano sobre la frente y desapareció. A los tres días estaba curada y todo cuanto me dijo se cumplió. Esto ocurrió en Madrid, donde vivían mis padres. Cuando volví en mí, todo se les hacía preguntarme qué me había ocurrido, pero yo supe callar con tal fuerza que, a pesar de todo, nadie me volvió a molestar, si bien mi madre pensó que algo grande me había ocurrido.

Pasado esto, fui otra vez con mis monjas, continuando la misma vida. Al año siguiente completaron las operaciones restantes, haciéndomelas de dos en dos. Terminadas estas, volví al Asilo ¹⁰.

Estaba cercana a cumplir los quince años, cuando enfermé del estómago. Temiendo la Superiora M. María Ángela que fuese una úlcera, me mandó con mi madre, pues mi padre murió cuando yo tenía trece años, para que me hicieran un reconocimiento médico, del cual resultó ser cierto lo que pensaba, pues tenía principio de úlcera. Cuando volví al Asilo después de restablecida, me encontré que dicha Superiora había sido trasladada. ¡Lo sentí grandemente, porque a ella debía mi comunión diaria y creo que parte de mi conversión!...

Hacía tiempo que Jesús estaba silencioso y me tenía rodeada de sombras y oscuridad. Mi mayor sufrimiento era cuando llegaba el momento de su entrada en mi corazón. Muchas veces creí que me moriría, tal era la violencia que sentía en mí. Esto, junto con los desprecios que me hacían, fueron poco a poco quebrando mi salud. Comencé con fuertes dolores de cabeza y vómitos permanentes. Me encontraba enferma y yo veía claramente que mi enfermedad era grave. Con todo me parecía que mi dolencia física era nada comparada con el suplicio de estar privada de mi Jesús. Así permanecí por espacio de un mes. Tan intensos eran los dolores que me privaban de abrir los ojos y no podía resistir la luz. Esto lo veían las religiosas y principalmente sor X, pero ignoro la causa, nadie se atrevía a exponer mi enfermedad a la Superiora. ¡Dios sólo sabe por qué permitía esto con su pequeña! Pues yo siempre diré que eran unas religiosas edificantes, de las cuales nunca recibí sino buenos ejemplos.

Sor Dorotea, tomándome en sus brazos, dijo: “Ya no puedes llegar a más, ven a la cama”. Me acostó y me tomó la temperatura, y cuál no sería su asombro cuando vio que rebasaba sobre los cuarenta. Se lo hizo presente a la Superiora, la cual no mostró extrañeza, pero permitió quedase en la cama. Vivía en aquella

¹⁰ A pp. 19-20.

santa casa la fundadora (seglar), llamada Micaela y, enterada de lo que ocurría, llamó a la Superiora, bastante alarmada y al mismo tiempo extrañada como ella decía de aquel descuido, y aconsejó que fuera llamado el médico. Así hicieron. Me fueron hechos varios análisis de sangre, y raquídeo, dando todos, resultado positivo. Tenía meningitis tuberculosa. Fui llevada a la enfermería. De resultas de esta enfermedad que fue larga, aunque no recuerdo el tiempo exacto, quedé completamente hecha como suele decirse un pingo. Tenía que estar tumbada día y noche en la cama o en una hamaca, ya que no podía estar sentada. El tronco de la cabeza lo tenía como roto, parecía el badajo de una campana y el brazo izquierdo tampoco lo podía mover. Esto me duró tres años. Con la mano derecha cosía en el tiempo que estaba bien, pues muy a menudo me repetían los ataques. A mi pobre madre también le tocó sufrir. Esto me daba mucha pena. Jamás le hice saber lo mucho que yo sufría, pero se enteró...

Un día, con ocasión de invocar a mi dulce Madre, la Virgen, se conoce que Jesús compadecido de mí, me la envió. Al verla ante mí lloré, le conté mis cuitas y pesares. Se lo conté, lleno el corazón de agradecimiento, amor, y tan lleno estaba de este amor que, hablando como estaba con mi amada Madre, quedé desvanecida en sus brazos. Así permanecí no sé qué tiempo y al volver de mi desvanecimiento, vi allí a mi Madre que me tenía recostada en su corazón. ¡Aquella sí que era buena Guardiania! Me habló del amor que su Hijo y Ella me tenían, me acarició y besó y antes de retirarse me alimentó con leche de sus pechos...

Había ordenado el capellán que no dejase de comulgar ningún día. Para esto era necesario colocar la hamaca delante del altar mayor, para poder darme la sagrada comunión, pues era el lugar más apropiado. Como se había de repetir diariamente, (por espacio de tres años), la Superiora se cansaba y quería que dejase de comulgar. Yo entonces se lo hice presente al confesor, explicándole el motivo. Él me contestó: “Dile de mi parte que yo ordeno que comulgues, que ella por su parte ofrezca esta incomodidad por amor de Jesús”. Respecto a esto no volvió a nombrarme nada, pero empezando de nuevo las habladurías de las asiladas, se vio precisada a prohibir que las religiosas me hicieran nada. Mandó que no me subieran ni bajaran las monjas, sino las mismas asiladas. Así lo mandó y así lo hicieron. Pero como las que tenían los miembros bien, no tenían completos los sentidos, una mañana, al bajarme después de la santa misa, me dejaron caer, rompiéndome la pierna izquierda. Enterada la Superiora, tuvo gran pesar de haber sido tan fuerte conmigo, volviendo a ordenar que me bajaran las religiosas. Por espacio de algún tiempo estuvo pesarosa y solícita. No se separaba de mi cama, sintiendo mucho lo ocurrido. Por este mismo tiempo, permitió Jesús que me repitiera la meningitis, cayendo en tal gravedad, que el médico confesó a sor Dorotea que no pasaba de esa noche. “No doy por ella el canto de una peseta”, estas fueron sus palabras.

Efectivamente, así era. Todas veían que estaba en la agonía, y en espera de la más próxima separación. Todo lo prepararon: La mortaja, el sitio donde ponerme, hasta un vaso para la lamparilla. Me dieron los santos óleos. Fue lo único que pude recibir, porque mis potencias y sentidos se encontraban muy distantes de la tierra. Estaba en éxtasis. Contemplaba a mi Jesús, a mi querida Madre y a mi amada hermana santa Teresita. Hice con ellos un examen, una confesión de toda mi vida. Pasaban ante mí, minuciosamente, todos los acontecimientos, hasta los menores detalles, desde mi nacimiento. No se perdía un detalle. Yo creo que fue una representación del juicio particular. Observé mis faltas, también mis virtudes, vi mi pobrecita alma, limpita sí, pero con un adorno sencillo, no encontré en ella el adorno que corresponde a mi buen Jesús. Esto sin duda lo permitió Jesús por mis repetidas súplicas. Continuamente le pedía que me llevase, pues me entristecía vivir sin Él. Y Él tan bueno, me mostró mi alma para que en lo sucesivo trabajase con más empeño por hermosearla. La Superiora (según me han contado después mis amigas), ignorante de lo que yo veía, decía: “¡Qué hermosa muerte! No he visto cosa más digna ni en los sacerdotes”. Esto ocurrió el 30 de septiembre de 1925, día de la preciosa muerte de santa Teresita. Jesús me había librado de la muerte ¹¹.

MILAGROSA CURACIÓN

A continuación de este hecho que acabo de relatar, comencé una vida más ordenada y devota, en unión de dos amigas mías. La cosa surgió así. Una noche estando ya en la cama, pero en hora de recreo, me dio por preguntar: “¿Quién quiere hacerse santa conmigo?”. Sólo me contestaron dos, Manuela López y Valentina Aguacil. A la mañana siguiente escribí un orden del día y comenzamos, observando una vida que parecíamos monjitas. Hacíamos nuestras meditaciones, prácticas piadosas, visitas a Jesús sacramentado, examen particular y general, guardábamos el silencio, a sus horas recreación y también nos imponíamos alguna mortificación. Para comenzar este género de vida, me pareció conveniente hacer una confesión general. Así lo hicimos. Yo era quien dirigía todo esto y, a pesar de estar baldada, cumplíamos todo con admirable regularidad. Esto duró desde la Cuaresma del año 1926 hasta 1936. Los tres primeros años, mi Jesús me concedía vivir en unión perfecta con Él. Sentía su presencia permanente de día y de noche y vivía como fuera de la tierra.

En el año 1929 vino el doctor Amero a Madrid. Con su llegada, se armó un gran revuelo en la capital, acerca de las curaciones maravillosas que hacía y mi madre quería llevarme con la esperanza de que me pondría bien. Yo que no confiaba ya en ningún médico, me puse a llorar y me disgustó mucho esta

¹¹ A pp. 21-29.

intención de mi madre. Llamé a mi único consuelo, a mi Jesús y Él tan bueno no se hizo esperar. Vino a mí y me dijo: “No temas, hija, tu doctora será santa Teresita. Ella será quien te cure”. Ese mismo día, a las siete de la tarde, se me aparecía santa Teresita y me dijo: “Hermanita mía, vengo por orden de Jesús a curarte”. Me exhortó al amor de Jesús y desapareció. Esto ocurrió el 30 de abril de 1929. A partir de esta fecha, vino a visitarme todos los treinta de cada mes, por espacio de un año. Estas visitas eran cortitas. En ellas me enseñaba a amar a Jesús, que era mi más ardiente anhelo...

Todos los días me quedaba sola después de la santa misa en la capilla, hasta tanto que desayunaban las religiosas, pues desde que me rompieron las piernas me subía y bajaba una religiosa y una chica. Nada me extrañó la conversación de Jesús conmigo durante mi acción de gracias, pues esto me sucedía y sucede a diario. Ni siquiera advertí que estos felices momentos se prolongaban. Debí terminar el santo sacrificio y todas marcharon. Entonces oí la voz de Jesús, pero no de mi corazón sino del sagrario, pero sin verle. Empezó por preguntarme si deseaba ponerme buena y cómo quería, si bien del todo o con muletas. Yo le respondí: “Tú sabes lo que deseo. Si he de ser carmelita o mercedaria, entonces buena del todo. Pero si no, prefería sufrir algo por tu amor”.

Todo esto lo presenciaron las religiosas excepto la Superiora, la cual estaba hablando con las asiladas. Era muy caritativa y cariñosa para todas. Recuerdo que al empezar a hablarme Jesús, entró una religiosa, sor Nieves, y al ver que yo me levantaba y marchaba hacia el altar, me preguntó: “¿Qué haces?”. Jesús entonces, me ordenó decirle que se acercara ya que le iba a decir unas palabras. Ella, por temor a desobedecer, pues seguían con la prohibición de acercarse a mí, no se acercó. Me tomaron en la silla y, cuando salí del éxtasis, me llevaba Sor Celia por la escalera. Como de costumbre, iban a ponerme en la hamaca. Yo sin dar explicaciones de nada, dije: “Que me lleven a la ropería para ponerme las muletas”.

Todas las asiladas, aturdidas, fueron a buscar la llave y, al oír la Superiora que me iba a poner las muletas, y vio que se trataba de un milagro, se molestó bastante con las religiosas por no haberle avisado, porque deseaba haberlo presenciado ella también. Bajó a la ropería donde yo estaba y me comenzó a preguntar sobre lo ocurrido. Yo sólo respondía: “¡Madre, Jesús es muy bueno!”. Viendo que no sacaba nada más, me ordenó por obediencia que se lo contase. Entonces yo me acordé que había prometido obedecer. Se lo conté, pero pensaba: “Voy a perder mi felicidad. Como así ha sido”. ¡Qué bien se saborean las gracias de Jesús en el secreto del corazón!...

Aquel día yo lo considero como un día de verdadero martirio. Estaba tan abochornada que no me atrevía a moverme. No pude tomar nada en todo el día. Sentía tristeza y me encontraba avergonzada. Todo contribuía a ruborizarme. Apenas salí al jardín, me di cuenta que todas las religiosas me miraban asomadas por las ventanas. Las asiladas a mi alrededor repetían: “Milagro, milagro”. Y esto varios días. Yo callaba. No me atrevía a levantar los ojos del suelo. Meditaba en mi indignidad. ¡Cuánto hubiera dado por hacerme invisible, si hubiera podido! Al día siguiente el capellán quedó sorprendido al ver que me acercaba a comulgar andando yo sola. Y concluida la santa misa, quiso informarse del hecho. Me interrogó, le expliqué cuanto ya llevo dicho y él pareció emocionado. Y enseguida, dirigiéndose a las religiosas, les dijo: “Y, ¿por qué no a una religiosa?”. Esto me hizo avergonzarme más y me eché a llorar. Él, al ver mi sufrimiento, dijo: “Déjenla, es un beneficio muy grande el que acaba de recibir. Déjenla que dé gracias a Dios”.

Tres días después, se casaba mi hermana mayor Manuela Zancajo y, con este motivo, fue a buscarme el día anterior a la boda, porque tenían el gusto de que participara de la fiesta. ¡Grande fue la impresión que recibió! No le dijeron nada y me mandaron salir. Al encontrarse ante mí, faltó poco para caerse desmayada al suelo. El próximo día vino mi madre y, cuando le contaron lo ocurrido, no pudo callarse y dijo todo lo que ocurrió en años anteriores cuando Jesús me curó de la difteria. Todo y todos contribuían a mi infelicidad. ¡Todos se empeñaban en descubrirme y no dejarme tranquila! La superiora no quedaba contenta con saberlo allí, sino que lo hizo saber por las casas de la Congregación, noviciados y otras. Pronto fui el objeto de las miradas. Con frecuencia, pasaban por allí religiosas venidas de otras casas, y regularmente bajaban al comedor para vernos. Apenas bajaban, era avisada por alguna amiga. Mira te están mirando y señalando. Tanto me atormentaba esto, que tomé la determinación de decir a una discapacitada mental que me avisara siempre que bajara alguna monja nueva. Ella así lo hizo y gracias a ella pude evitar bastantes malos ratos. Si estaba en el comedor, en cuanto era avisada, me escurría como un ratón por el banco debajo de la mesa. Si en el salón, me escondía detrás de la puerta de la ropería; si en el dormitorio, debajo de la cama. ¡Cuánto sufrí desde entonces y cuánto al presente también!¹².

Muchas religiosas sufrían una gran desilusión, pues pensaban encontrarse sin duda una Venus de belleza y, al verme tan fea, extrañadísimas se les oía exclamar: “¿Pero es ésta?”. Una de las veces que esto oí, respondí: “Sí, hermana. Esta y nada más que esta. Ya ve usted qué poca cosa”¹³.

¹² A pp. 30-35.

¹³ A p. 42.

Enterada la Madre General fue a hacer la santa Visita y me llamó. Me preguntó varias cosas y me dijo si había leído las Obras o Escritos de san Juan de la Cruz. Yo le dije que no. Ella calló. Pero me pareció que dudaba. Debido a esto tuve una temporada de grandes dudas. ¡Si estaría yo equivocada y sería cosa del demonio! No podía yo misma convencerme de haber recibido tantos beneficios de Dios, encontrándome tan escasa y vacía de virtud. Ante esta duda, originé lo siguiente. Llevaba siempre conmigo un frasquito de agua bendita y siempre que venía Jesús, la santísima Virgen, santa Teresita, lo rociaba con ella. A tal acción mía, Ellos se sonreían, dejándome en la mayor tranquilidad...

Al mes justo de mi curación, Jesús me mandó escribir la explicación de los misterios dolorosos. Era el 26 de julio de 1929. Quinto día de los Ejercicios Espirituales. Desde la curación, continuamente me veía acompañada. Y no sé por qué, pero lo cierto es que conocían las religiosas perfectamente en mis ojos y semblante los días en que me hablaba o me iba a hablar Jesús y me solían preguntar: “¿A qué hora?”. Yo, si sabía con certeza la hora, lo decía, pues no quería mentir. Y después me he enterado por amigas que lo veían, que aguardaban a que yo entrase en éxtasis y, llegado el momento, se congregaba la comunidad a mi alrededor y, en ocasiones, me hicieron algunas pruebas como quemarme la cara, las pestañas, o bien, si escribía, taparme los ojos. ¡Cuánto he sufrido al enterarme de esto! Parecía que dudaban de mí¹⁴.

Cierto día le dije a Jesús: “Mira, Susin mío, vamos a hacer un contrato, a partir de hoy reservarás la hora de tu venida y así, cuando sea preguntada, no mentiré”. Así lo hizo, pero no valió de nada, pues mis ojos y mi semblante me traicionaban, yo no podía ocultar lo que en mí sentía y lo conocían todas.

CONSAGRACIÓN Y CONFIDENCIA

El veintiséis de septiembre, Jesús me pidió que me consagrara enteramente a Él. Yo, con intención de hacer esta consagración lo más perfectamente posible, le pedí una explicación. Él, tan amable y bondadoso, me dio la explicación que por orden de Él tomé al dictado, poniendo este título que Él me dio: “Lo que me dijo Jesús y lo que yo le pregunté” (26-9-1929). También en otras ocasiones me hacía confidente de sus penas. Así el 26-10-1929 me mandó escribir al dictado una confidencia de sus penas referentes a esa misma mañana. Habían cometido tres sacrilegios (con hostias consagradas) tres jóvenes. De los cuales uno la tiró al fuego, otro al retrete y el tercero la pisoteó contra el suelo. Cuando esto me decía, de sus preciosas llagas salían torrentes de sangre. La llaga del costado, que también llevaba descubierta, también

¹⁴ A pp. 36-37.

sangraba. Nunca había visto a mi Jesús de esta forma por lo que, profundamente emocionada, comencé a llorar, y movida de amor y compasión, me ofrecí a ser su víctima. Quería evitar sus sufrimientos, sentía abrasarse mi corazón por Él y deseaba que las huellas de su sangre, marcadas en el suelo, hubieran quedado indelebles en mi corazón para nunca jamás ofenderle ¹⁵.

OFICIOS EN EL ASILO

El primer empleo formal que me pusieron fue peinar a las chicas. Mucho me costó aclimatarme a este oficio, pues en primer término yo no estaba acostumbrada a ello y por otra parte como eran en su mayoría discapacitadas mentales, yo temía no saber llevar con paciencia sus frecuentes manías y rarezas. Pero Jesús me ayudó y también en esto logré triunfar, porque, a pesar de mi carácter fuerte y de poca paciencia, aprendí a dominar en mí, mi poca paciencia y falta de mansedumbre en tal grado que todas o casi todas querían ser peinadas por mí. También por este tiempo me pusieron en el repaso de la ropa. Había que ejercitar bastante la paciencia, ya que por aquella época la casa era muy pobre. Apenas había ropa sobre todo interior para mudarse todas las semanas, sobre todo las enfermas mentales y las que no tenían familia. No así yo y otras, que se encargaban nuestras familias de cuanto necesitábamos. Como digo, debido a esto, se volvía a echar pieza a pieza, no acertando a saber cuál era el primitivo trozo de aquellas prendas. A esto se unía que éramos sesenta y de ellas sólo cosíamos en el repaso tres, así que nos veíamos en gran apuro para poder tener todo dispuesto cada semana.

Otro de los empleos que me dieron fue la limpieza de los dorados de la capilla. ¡Qué gustosa me encontraba con esta ocupación! Todos los jueves, víspera del primer viernes, limpiaba los candelabros, vinajeras, bandeja de comulgar y todos los dorados, como también poner las velas. Entonces pensaba, “soy la pequeña asistente de Jesús” y ponía todo el empeño en hacerlo con el mayor decoro y esmero con el fin de que nadie me sustituyera en este oficio. Poco después de esto, me dieron el encargo de hacer las tirillas de tela para preservar el cuello de las casullas, manípulos, cíngulos, etc., como también me enseñaron a hacer los fiadores y cambiar los encajes de los manteles de los altares. ¡Qué feliz me encontraba y al mismo tiempo qué humillada! Con cuánto agradecimiento daba gracias a Jesús por haberme escogido a pesar de mi indignidad para su criadita. Y por si esto era poco, me concedió Jesús por una larga temporada ser yo la encargada de colocar las vestiduras sagradas para revestirse el sacerdote para celebrar el santo sacrificio y preparar los vasos sagrados. Todo cuanto se relacionaba con el aseo de la capilla, lo tenía que

¹⁵ A pp. 38-39.

hacer, las vísperas del primer viernes, día 19 de cada mes como también las festividades de la Virgen, san José, Navidad, santo de la Superiora, etc.

Hacia el año 1934 y 1935, me enseñaron a hacer medias a máquina para poder abastecer esta necesidad sin tener que hacerlas a mano. Una vez que aprendí, también me pusieron este oficio hasta el año 1936 en que comenzó la guerra de España. Estos fueron mis empleos en esa santa casa, durante los 20 años que en ella permanecí, o sea, desde el año 1916 hasta 1936 ¹⁶.

FUERA DEL ASILO POR LA GUERRA

Al comenzar la guerra española de 1936, como las milicias quisieron apoderarse de la casa, decidió la Superiora de común acuerdo con la Comunidad enviarnos a nuestras respectivas casas, a todas aquellas que teníamos familia.

Esto ocurrió el 18 de julio de 1936. Ya en otra ocasión, el once de mayo de 1931, estuvimos al borde de esto, con motivo de la guerra de conventos, pero por la misericordia de Dios no llegó a realizarse. El día 18 de julio aquella santa casa, era un valle de lágrimas. Estaban ardiendo todos los conventos de Madrid. Serían las cinco y media de la tarde, cuando se detuvo un camión lleno de milicias dispuestos a ejecutar sus perversos planes con nuestra casa como los habían realizado en otros conventos. Gracias a Dios, no pudieron lograr su intento, puesto que una religiosa, inspirada sin duda alguna por el Espíritu Santo, les invitó a pasar dentro antes de tomar su resolución. Se les conmovió el corazón y no sólo desistieron de su intento sino además pusieron centinelas para que nadie las pudiera atropellar. Entre tanto yo estaba en la capilla, no ante el sagrario, dado que desde hacía varios días ya no estaba Jesús, pero, por haber estado, era el único sitio donde se encontraba más tranquilo mi corazón. Estaba orando y llorando. ¡Me costaba tanto tener que salir de esa santa casa! En esto estaba ocupada, cuando vino la hermana portera a anunciarme que estaba mi hermana mayor que venía a buscarme. Mucha fue mi contrariedad, ya que mi deseo era vivir junto a esas santas religiosas, padeciendo juntamente con ellas desde el principio hasta el fin. Aunque contrariada, no tuve otro remedio que ofrecer esta prueba y someterme a lo determinado por la Superiora. Marché dejando allí mi pensamiento. Todo el camino fui llorando. Como todo lo tenían controlado las milicias, no tuvimos otro remedio que someternos a ir con esos pobres desalmados, que dentro del mismo taxi empuñaban por las ventanillas sus tercerolas como si fueran custodiando asesinos. Dos meses estuve fuera de las monjitas y esos dos meses los pasé llorando. No podía acostumbrarme a esa

¹⁶ A pp. 49-51.

vida de locura y desatino. Cierto que estaba con mi familia que, dándose cuenta de mi dolor, procuraban ocultarme cuanto pasaba.

A pesar de su cuidado, no podían evitar que pudiera enterarme de muchas cosas. Yo no estaba en mi centro. Aquella vida no era para mí. Quería volver con mis monjas. Las amaba como a mi verdadera madre. Con ellas aprendí a amar a Jesús y a sufrir por su amor. ¡Oh aquella casa! La considero, la cuna de las misericordias y de los prodigios de Jesús y María en mi pobrecita alma. Yo no sé si por los sufrimientos o porque Jesús aceptó la oferta que le hice de mí, (quizá por ambas cosas,) el caso es que me puse enferma. Al salir de las monjas, me llevó mi hermana a su casa (Ponzano 18). Mi madre vivía (en Toledo 119) y como amenazaba tener que evacuar aquella zona por considerarse de guerra, porque estaban al frente de nuestros balcones los frentes de Carabancheles, se pensó que quedara yo en casa de mi hermana por lo que pudiera ocurrir. Yo estaba resignada, pero al verme enferma y de gravedad, (así lo dijo el médico) quise marchar con mi madre. Así se hizo. Una tarde, al cabo de ocho días que llevaba enferma, fui trasladada en un coche a casa de mi madre, donde permanecí hasta últimos de septiembre. Una vez que estuve en casa, comencé a tranquilizarme. Cuando mejoré, subía cada día a rezar con unas monjitas bernardas que se hallaban escondidas en el cuarto piso de dicha casa, y a ellas confiaba mis penas, y ellas me confiaban las suyas, buscando consolarnos con conversaciones espirituales, recordando los sufrimientos de Jesús.

En octubre de 1936, obligaron a evacuar la zona de la calle de Toledo y no hubo más remedio que obedecer, porque si no se hacía, éramos considerados desafectos al régimen, y ya se sabía que te daban el paseíto, enviándote (como ellos decían) con Dios Padre.

A mi pobre madre le tocó esto. Cierto que no sacó más que lo preciso, pero ya no podíamos disponer de vivir en nuestra casa. No teníamos dónde ir, pues ni hermana tuvo que marchar por motivos de persecución contra su esposo guardia civil a Alcalá de Henares y la otra hermana, que hacía poco se había casado, no tenía casa puesta, pues vivían en la casa de los padres de su esposo. Vivía en la calle Núñez de Balboa la madrina de mi hermana mayor, que nos quería a todas mucho, pero nosotras no teníamos mucho trato con ella, porque tenía ciertas creencias muy confusas acerca de nuestra religión y porque su hijo, muy comunista, entonces capitán, se había incautado de dicha casa, procedente de unos alemanes que tuvieron que emigrar, porque de otra forma los hubieran matado. Enterados de nuestra situación, nos ofrecieron ir con ellos. Como la necesidad era apremiante, aceptamos. Mi madre sólo iba a dormir, pues tenía que trabajar, pero yo tenía que estar todo el día allí. Sólo Jesús y la Madrecita saben lo que pasé.

Lo único que tenía de beneficioso en esta casa era la habitación de dormir que tenía su llave y, en ella encerrada, me pasaba casi los días enteros en comunicación con Jesús a quien tenía sacramentado. Una de las monjitas bernardas, me hacía la hermosa obra de caridad de llevarme cada ocho días, ocho sagradas hostias para que cada día comulgara y, mientras duró este privilegio, no me faltó este consuelo, llevándolo siempre dentro de mi corazón, mientras duraban las especies, y constantemente sobre mi pecho, en una cajita de plata donde se conservaban, pues en casa y en la calle iban conmigo.

Esto endulzaba mis grandes penas y persecuciones. El capitán del cual he hablado, apenas salía para desayunar, comer y cenar, me atormentaba de la manera más cruel. Quería a todo trance, como él decía, abrirme los ojos y frecuentemente contaba cosas como casos ocurridos espeluznantes, los que siempre eran tirando a la religión. Yo en cuanto esto oía, como sabía que lo hacía por mí, me levantaba de la mesa y me retiraba a llorar a mi cuarto. ¡Qué blasfemias! ¡Qué imprecaciones! Tenían también un huésped que era hipnotizador y entre los dos tramaron dormirme para sacarme algo de las monjas, cosa que no pudieron conseguir, pues en cuanto lo intentaban, Jesús me tomaba para sí y ellos sin explicarse la causa, tenían que desistir de su intento.

Contaban sus crímenes y robos como hazañas y se creían héroes de las muertes que hacían. Mi pobre madre estaba ignorante de mis sufrimientos, pues no estaba de día conmigo. Y como por otra parte no tenía otro remedio que aguantar, ¿pues dónde íbamos?

En mayo dejaron en libertad volver a sus casas a los de la zona de la calle de Toledo. Lo mismo fue enterarnos que salir de esa casa, donde tanto había peligrado mi inocencia. El cuatro de mayo fue el día elegido para nuestro traslado. ¡Qué bienestar sentí! Frecuentemente era nuestra casa el blanco de las balas, pero tanto mi madre como yo, estábamos encantadas, y preferíamos las balas y abusos a perder nuestras almas en medio de aquel infierno humano. Cierto que nada de esto me extrañaba, pues el día de Noche Buena 24-12-1936 me aseguró Jesús que no temiera, pues estaría conmigo durante toda la persecución y me creía segura, en alma y cuerpo. Así que al encontrarme en mi casa, amando a mi Jesús sin interrupción, me hallaba llena de felicidad.

Al poco de estar en nuestra casita, conocimos a un buen sacerdote, párroco de Extremera, el cual junto con otro hermano suyo vinieron huyendo, puesto que los querían matar. Se llamaba don Vicente Raso Alonso. Todos o casi todos los domingos y, a veces entre semana, celebraba la santa misa en casa. Sobre una cómoda hacíamos el altar. Colocábamos sobre él sábanas de hilo que tenía mi madre, y por cáliz una copa de cristal, por vinajeras unas vinagreras, y

la patena él la traía. ¡Qué días de catacumbas aquellos! ¡Dios mío! ¡Todo era contra Él! Paseos, tranvías, todo era una locura. Parecía que se había desencadenado la furia satánica del infierno contra toda España. Y Jesús escondido... ¡Que tristeza sentía tener que tratarle con tan poco ornato y decoro, y cuánto me esforzaba para que al menos no le faltara cuánto Él venía a buscar: ¡Amor! ¡Desagravio!¹⁷.

CUIDANDO ENFERMOS

Dice: *Un día vinieron a reclamarme de parte de las religiosas del Asilo, pues necesitaban hacer medias a máquina y nadie sabía hacerlas más que yo. De verdad que vi en esto mi salvación. Cierto que no podía quedarme, pues, a pesar de estar las religiosas, ellas no tenían mando alguno. Había allí una junta de señoras a cuyo frente estaba una directora laica, y las hermanas solo estaban con las pobrecitas que allí habían quedado por no tener familias. Las monjas las lavaban, peinaban, daban de comer, en fin eran las criadas de esas señoras, que por lo que se observaba sólo estaban allí para mandar y darse la buena vida. Como digo, no podía pensar en quedarme, pero la Superiora habló con la presunta directora y convinieron que fuera todos los días muy temprano. Haría allí las tres comidas y al atardecer marcharía a mi casa. Así lo hacía. Salía con mi amiga Consuelo a las seis de la mañana, y regresábamos a las siete y media. ¡Qué contenta estaba yo! Pero duró poco. La enfermedad de mi amiga se fue agravando, y al año escaso de estar en tan tranquila vida, tuvimos que dejarlo. Comenzaron a darle fuertes calenturas y de día en día, perdía energías. No hubo otro remedio que decidirse a la operación. Ingresó en el sanatorio el año 38, en los meses de mayo o junio según creo. Al tiempo de mi amiga, tenía enferma una hermana mía. Nació una sobrinita mía y enfermó de un pecho. Y tuvieron que sajarla. Mientras iba, o no, al sanatorio tuve que cuidarla yo, pues mi madre tenía que salir cada día a trabajar. ¡Sólo Dios sabe los apuros que pasé! Tenía que cuidar a dos enfermas. A mi hermana ponerla fomentos, para que el pecho viniera a supuración, darle los alimentos y medicinas, atender a mi sobrina, envolverla, limpiarla, y callarla, más hacer mi comida. Creo con todo que en medio de estos berenjenales en los que jamás me había visto, hice cuanto pude por agradar a Jesús. No desaproveché ninguna ocasión de cuantas me presentaba para demostrarle mi amor, al menos voluntariamente. Unos días antes de ser operada mi hermana, fue bautizada en casa mi sobrina. Fue un bautizo solemne.*

Quiero decir en cuanto al sacramento, ya que fue completo. Se le impuso el nombre de María de la Consolación. Doce días después, ingresaba mi

¹⁷ A pp. 65-75.

hermana en el sanatorio, donde sufrió una operación. Salió ella del sanatorio y a los pocos días ingresó mi amiga. Duros fueron los días que pasé allí. Como dicha amiga tenía una pensión vitalicia que cobraba mensualmente por ser su padre jefe de negociado del Ayuntamiento, quiso que me quedase con ella, pagando por mi cama cinco pesetas. La comida me la traían de casa diariamente. Las enfermeras en su mayoría eran comunistas. No parecían personas de estudios. ¡Hablaban con descaro y con poca dignidad! Si no hubiera sido por Jesús y la Madrecita yo no sé qué habría sido de mí durante la tragedia de España. ¡Qué gran misericordia la de Jesús y la Madrecita conmigo! ¡Con cuánta claridad pude ver que constantemente me cubrían con sus alas de amor!

Al fin curó mi amiga. Eso fue un verdadero milagro, pues el médico extrañadísimo de una curación tan espontánea era el primer admirado. Según él confesó, esta operación requería después de la operación estar un mes por lo menos echada boca abajo. Después seis meses boca arriba, sin moverse. Al cabo de los cuales la podrían escayolar. Todo esto lo pasó en un mes. A los cinco días subió el médico, que se llamaba don Manuel Tamames, y al tocarle la espalda exclamó: “Esto es maravilloso. En la vida me ha ocurrido cosa igual. El hueso hecho uno con el otro y ya tiene carne sobre él”. Mandó ponerla boca arriba, a los tres días de esto la escayolaron y, antes de hacer el mes, le dieron el alta, andando ya por su mismo pie, haciendo su vida ordinaria ¹⁸.

LA LIBERACIÓN

¡Qué diré de la alegría que experimentamos al ver entrar las tropas de Franco! Aquello fue inexplicable. Lo mismo fue enterarnos, que salir a la calle. ¡Qué alegría! ¡Qué animación! Parecía mentira vivir en esa libertad. Libremente, sin ocultarse de nadie. Al día siguiente era la festividad de san José y fuimos a oír la santa misa. ¡Con qué orgullo santo nos encontrábamos los cristianos, pudiendo demostrar nuestras creencias, nuestro amor a Dios! Ya el día anterior estuvimos por la tarde en la Exposición Mayor de las Esperancinas, que tenían y actualmente tienen el convento en la C/ de San Bernardo. Allí se explayó nuestro corazón con Jesús. Yo al menos ¡cuántas cosas le dije! Yo por su infinita misericordia lo tuve conmigo los tres años, pero ¡pobre Jesús!, escondido como un malhechor, como una persona mala. ¡Pobre prisionero de amor, cuánto nos ama!

A los tres o cuatro días de la liberación, fui a visitar el Asilo. Grande fue mi desilusión. ¡No estaban las monjas! A nuestra llamada, se asoma por la ventana de la capilla, convertida por esas gentes en comedor, una asilada. Yo al

¹⁸ A pp. 76-78.

verla la pregunté: “¿Están las monjas?”. Ella extrañada me respondió: “No, ¿qué pasa?”. Le digo yo: “¡Hace tres días que se acabó la guerra!”. Ella dice: “Es la primera noticia exacta que tenemos”. Oíamos algo, pero nos tenían encerradas. Entré dentro, no sin antes porfiar bastante. No querían dejarme. Se comprendía. Estaban saqueando la casa. Gracias a Dios que sólo hacía unos dos o tres meses que habían echado a las monjas. Me había olvidado de explicar esto. Las despidieron cuando regresó el Gobierno de Valencia a Madrid. Justamente por esos días. Y no sin antes haberles hecho un buen registro, siendo ellas las dueñas. ¡Pobres monjas!

Delante de nosotras, sacaron sacos de carbón, piezas de tela, colchones, y hasta gallinas. Salió por allí la directora con su hermano, y molestados por mi visita en momentos tan trágicos para ellos, me echaban. Yo les dije: “Quienes tendrían que marcharse serían ustedes, porque ya ha terminado su misión. Yo estoy en mi casa”. Y dándome contestación yo misma a los planes que en mi imaginación formaba, agregué: “Me voy sí. Dentro de dos horas volveré con las dueñas de esta casa. Con las religiosas que ustedes despidieron”. Cuando a las dos hora aparecimos, estaban tan tranquilas cenando sus buenos pollos, mientras las pobres acogidas cenaban sopas de ajo...

Fuimos mi amigo y yo a la comisaría y expusimos lo que sucedía y lo que pensábamos hacer. El jefe puso a nuestra disposición cuatro parejas de guardias. Recogimos a las monjas y en dos coches marchamos al convento (Asilo). En menos de dos horas quedó todo hecho. Como la hermana ecónoma tenía el inventario de todo, fue fácil averiguar lo que se habían llevado... Hecho el registro de cuanto faltaba, les dejaron marchar, no sin antes haberles exigido lo que se habían llevado, y también les tomaron el domicilio por si acaso. ¡Cualquiera se fiaba de esa gentecita de uñas tan largas!¹⁹.

VISITAS DE JESÚS Y MARÍA

El día 15 de agosto de 1940, tuve dos visitas felicísimas. Digo dos, porque vinieron Jesús y la Madrecita. La Madrecita se me apareció bajo la advocación de María Auxiliadora. Yo no la había visto nunca bajo esta advocación. Venía vestida de rosa pálido, tan pálido, que casi parecía blanca la túnica. El manto también era azul pálido. Tenía corona de reina y sobre esta, orlando su cabeza, una diadema de doce estrellas refulgentísima. En la mano derecha empuñaba un cetro, todo de incrustaciones caladas haciendo juego con la corona. Los pies se le veían descalzos y entre nubes. Estaba a la derecha de Jesús. Él venía como de costumbre, bajo la figura del Sagrado Corazón de Jesús. Túnica blanca, manto

¹⁹ A pp. 82-84.

granate oscuro, y, como la Madrecita, los pies descalzos. Traía el Corazón al descubierto y todo él rodeado de vivas llamas. Jesús me instruyó acerca de cómo quería que hiciéramos la oración mental y forma de ofrecer nuestras obras por la mañana al despertarnos.

El día diecisiete de agosto de 1940 volvió a aparecérseme Jesús. Este día me hizo dos visitas. Por la mañana me dio instrucciones acerca de: “Como quiero que os aneguéis en el fuego de mi divino Amor”. La otra visita fue por la tarde. Me vino a hablar de la Fundación que habíamos de hacer ²⁰.

FUNDACIÓN DEL INSTITUTO

Jesús le dijo el 17 de agosto de 1940: Hijita mía, pon atención a mis palabras. Es mi Voluntad que fundes un Instituto llamado Misioneras de la Caridad y del Amor Misericordioso. Y ha de estar bajo la tutela de María Auxiliadora. Dicho Instituto se dedicará a amarme. Su labor principal será para colegios de niñas, clases nocturnas para jóvenes, orfelinatos, y algún asilo u hospital. Esta será su labor externa.

Quiero que me tengáis expuesto en adoración perpetua todos los días y noches. En esta unión de adoración templaréis vuestros corazones y beberán vuestras almas a su placer las aguas de mi divina gracia. Este será el fin principal de esta Mi Obra: Santificaros primero, para contribuir después a la santificación de las almas.

Haréis un cuarto voto unido a los otros tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Este será el de víctimas de amor. Por él os comprometéis bajo las mismas obligaciones de los otros votos a sufrir conformes siempre en un todo con mi divina Voluntad, cuanto Yo vuestro Jesús me digne enviaros, ya sea Yo mismo directamente, como también por medio de las criaturas, acontecimientos, cosas.

De esta forma, quedarán vuestros corazones constituidos en depósitos de mi amor misericordioso, y al compás de vuestros sufrimientos, sabréis compadecer, con amor siempre compasivo, las dolencias de vuestros hermanos, los pobres pecadores.

Otro de mis fines respecto de este amor, es hacer de vosotras mis almas, pararrayos de mi Justicia, irritada por tantas ofensas como recibe. Vosotras la aplacaréis, atrayendo por el imán de vuestros sufrimientos, mi amor

²⁰ A pp. 88-89.92.

misericordioso sobre los corazones rebeldes. Así me secundaréis. Este ha de ser el gran fin de esta Fundación, tan deseada por mi Corazón Amante, y de aquí su nombre: Misioneras de la Caridad y del Amor Misericordioso.

La librea usada en este Instituto será la misma de mi divino Corazón. Hábito blanco sin escapulario, capa granate oscuro, rosario blanco con cadenilla blanca, y la medalla de mi Madre bajo el título de María Auxiliadora, cordón blanco, toca con la frente rizada y por abajo cuadrada, velo blanco y el escudo de mi divino Corazón. En su reverso mi Madre María Auxiliadora.

El escudo será de esta forma: El corazón encarnado, la corona de espinas que rodea el corazón en color madera, las llamas en amarillo y encarnado figurando fuego, la cruz que sale de entre las llamas también en color madera. Todo en esmalte.

Llevaréis el crucifijo de misioneras para actuar por fuera y en el convento dentro. Este será así: De tamaño de 20 x 13. En el reverso mi Madre María Auxiliadora.

El anillo de profesión, será de oro. En él se colocará el escudo de mi divino Corazón, pequeñito y en oro, al hacer la profesión perpetua realizada a los cuatro años.

Todo esto me dijo Jesús el 17-VIII-1940, encargándome lo pusiera pronto por obra.

A partir de esta fecha, empezamos a buscar medios. Al año siguiente 1941, el día de la Santísima Trinidad, 8 de junio, comenzamos nuestra vida de Comunidad, con gran alegría de mi alma, al poder dar este gusto a Jesús ²¹.

²¹ A pp. 93-95.

EL CUARTO VOTO

Sobre el cuarto votos está escrito en las Constituciones: *Por el voto de Víctima de Amor, se obliga la religiosa a consagrarse a Dios en cuerpo y alma, es decir, sin reserva. Dando pleno dominio a Jesús y echándose en sus brazos para que Él cumpla su Voluntad.*

Su aceptación ha de ser generosa para toda clase de sufrimientos sin distinción; pensando en el mucho amor que Jesús nos tiene cuando nos asocia a su Cruz.

Las Religiosas de este Instituto, tendrán por uno de sus principales motivos de consuelo el pensar que tanto más sufre Jesús cuanto más sufre su criatura y con este pensamiento se animarán para en cierta manera evitar que sus sufrimientos sean conocidos a sus divinos ojos.

El amor de Jesús debe llenar el corazón de toda religiosa, para de esta manera poder comunicarlo. Teniendo presente que la religiosa misionera es un depósito que Jesús llena de su amor, para que ella se lo comunique a los demás.

Por este mismo voto, observará las santas Reglas con toda su perfección, aun aquellas que más repugnen a la naturaleza; soportarán con paciencia las imperfecciones de sus hermanas, pensando en cuántas por caridad la soportaran a ella. Y en fin unirá sus sufrimientos a los de Jesús para que por este medio sean purificados y por tanto válidos en la grande obra de la Redención, que es la vida de una misionera. Tengan entendido las religiosas que toda queja contra la divina providencia, como negarse a sufrir lo que Jesús envía, es falta contra el voto ²².

²² Antología, pp. 137-138.

VIDA DE COMUNIDAD

A partir del 8 de junio de 1941 comenzamos a hacer vida de Comunidad. Nos reuníamos Martirio Sánchez, Dolores Jiménez, Adela Pérez, Consuelo Amor, y su pequeña hermana que esto escribe, María Luisa Zancajo.

Fui escribiendo las Reglas que Jesús me fue dictando y seguidamente hicimos nuestro horario de Comunidad, que es el mismo que al presente llevamos.

Un tanto ardua era la empresa, pues vivíamos muy retiradas unas de otras, pero procurábamos unirnos en nuestro reglamento cuanto podíamos, yo en casa con mi amiga, ellas en sus trabajos, porque hasta tanto que nos unimos totalmente, siguieron en sus empleos Martirio y Dolores bordando; Adela Pérez de cajista en la casa Tomás. Todas las tardes a eso de las ocho, nos reuníamos para cambiar impresiones y los domingos pasábamos el día juntas en mi casa. Por la tarde, lo dedicábamos a buscar piso. Los primeros domingos de mes, teníamos el día de retiro mensual.

Así se fue deslizado nuestra vida. En octubre de este mismo año, sacamos labores de casas de modas y bordábamos en casa. De esta forma podíamos estar más unidas.

El 8 de diciembre de 1940, Jesús se me apareció y después de encomendarme que todos los días le hiciera una determinada petición, me habló del Gobierno del Instituto, que tomé al dictado, y me mandó tomar de secretaria a Martirio Sánchez. Esto hubo de causarme más de un disgusto. Consuelo Amor, mi amiga, quedó muy contrariada. Presumía que al estar ella tantos años a mi lado, por obligación le correspondía este cargo. No sé en qué se fundaba para esto, pues de cuantas estábamos reunidas solo a ella no había nombrado Jesús entre las fundadoras. Pues si yo la acepté no fue nada más que a prueba. Tanto le hirió esto, que se hizo como envidiosa y a mí hasta me llegó a pegar.

Algún día, cuando corría menos prisa la labor, salíamos Martirio y yo a comprar alguna cosa de las muchas que necesitábamos para nuestra fundación. Sólo pensar que no había de ser ella la que fuese conmigo, se descomponía. ¡Cuántos disgustos me dio! Un día me mordió en un brazo, y otro me golpeó contra la pared. Gracias a los consuelitos de Jesús que en todo me fortalecían. Si no, no sé qué hubiera sido de mí en esta época.

Recuerdo que un día de estos que se había puesto conmigo como acostumbraba, me retiré a llorar a mi habitación suplicándole a Jesús se dignara aceptar mis pobres sufrimientos a cambio de su conversión. Al cabo de

un cuarto de hora aproximadamente de oración, Jesús se me apareció y me aseguró que mi oración en esa ocasión había sido atendida y que, aunque para el Instituto no la llamaba, me aseguraba su salvación.

En mayo de 1941, tras muchos trabajos, encontramos un pisito en la calle Ramiro de Molina N° 19. Estaban en obras pues era una casa que estaba cosidita de obuses. No me desagradó aquel sitio, pues Jesús me había dicho que pusiéramos la casa por el pueblo de Vallecas o Puente de Segovia. No estaba tan en el Puente como queríamos, pero estaba próximo.

El uno de junio, me despedí de mi madre y me fui con Martirio, pues teníamos que arreglar los trámites de la casa, contrato, etc...

¡Qué cosas hace el Señor! Sólo teníamos en metálico 165 ptas, de las que hecho el contrato de la casa, que nos costó 120 ptas., 60 por fianza y 60 por alquiler del mes, nos quedaron por todo capital 45, de las cuales gastamos 20 para cosas de la casa y cena del día siguiente. No teníamos ni para pagar traslados de muebles. ¡Con todo, que alegría sentíamos todas! Era tal nuestra conformidad que no nos preocupábamos del día venidero.

El domingo de la Santísima Trinidad, 8 de junio de 1941, hicimos nuestro traslado, que por cierto fue muy original. Como no había dinero, las mismas hermanas lo llevaron andando desde Lope de Vega 24 y Toledo 119 hasta Ramiro de Molina 19. Se entiende, las cosas más necesarias como eran camas, colchones, ropa de cama, utensilios de cocina. Lo demás nos lo fueron llevando en días sucesivos el padre y hermano de la Madre Martirio en un carrito de mano.

¡Qué primer día de nuestra fundación! Era gracioso ver aquella cabalgata de camas y colchones por la calle. No teníamos en nuestro poder más capital que veinticinco pesetas. La vida en Madrid era difícilísima, pues tanto en lo que se refería a ropas como a comida, había una escasez grandísima. No se encontraba nada y lo que había, de estraperlo. ¿Cómo íbamos nosotras más pobres que las ratas a poder comprar legumbres a esos precios tan subidos? Lo más barato que se encontraba era algarrobas y habas verdes. No sé el tiempo que estuvimos comiendo sólo esto. Pero como Jesús y la Madrecita velaban por nosotras, caían los prodigios sobre aquella casita a manos llenas.

Antes de ir definitivamente a nuestro primer conventito, tuvimos que ir varias veces. Ya a ver la casa, ya después de hecha la obra, a limpiarla. Como el tranvía no subía arriba, pues terminaba el trayecto en Puerta del Ángel, se me hacía pesadísimo lo que queda de ahí hasta nuestro primer convento.

Bajar era algo de temer, pues se me despertaba el cansancio de la subida y no podía mover los brazos para guiar las muletas. ¡Pobre Jesús! Me llamaba desde el sagrario de Santa Cristina y yo entonces iba flechada a Él. Qué ligera caminaría, que las hermanas no me podían seguir, según decían ellas.

Muchas veces, escribiendo estas cosas tengo que parar, porque la emoción me ahoga. ¡Son tantas las misericordias de Jesús sobre su indigna hijita que muchas veces moriría de vergüenza y confusión!

En este día de nuestra fundación, una vez reunidas en nuestra casita, procedimos a hacer la cena. Consistió esta en un plato de habas verdes estofadas, después chicharro frito, y de postre, orejones. Concluida esta, nos fuimos a rezar y después a la cama. ¡Estábamos muy cansadas! Pero qué contento sentíamos en nuestros corazones. Pensábamos descansar, pero no fue así. El infeliz Calvo (el demonio) no me dejó en toda la noche tranquila. Se le veía rabioso de nuestro primer paso. Toda la noche no cesaba de arrastrarme, diciéndome: “Te has empeñado en ser mi perdición. ¡Te haré la vida imposible!”.

Debo advertir que esto del Calvo, no me había sucedido, hasta quince días después de anunciada nuestra fundación. Jamás, estando interna me molestó con nada. El primer día que me hizo sentir sus maldades, me dirigía a las religiosas donde estuve interna para hacer medias. Bajaba del tranvía y ya en el último estribo, me encuentro con los dos pies atados. ¡Yo no sé qué cosa más extraña! Miro hacia abajo y me veo con una prenda de ropa interna enroscada completamente en los pies. Dicha prenda era cerrada, sin botones ni cierres de ninguna clase, no podía caerse a menos que lo hubiesen cortado. Examiné y quedé asombrada. Al tiempo de verme metida en esta red, oí una voz cavernosa que me gritaba: “¡Ahí tienes mi venganza! ¡No te dejaré! O cesas de darme en guerra, o no te dejaré en paz”. Así comenzaron estas horribles luchas. Nunca pensé poder resistir tan duros combates sin morir. ¡Hoy soy algo más valiente, aunque no lo que yo quisiera! ²³.

Nota.- El padre Manuel refiere por experiencia: En dos ocasiones, estando yo presente, la ha arrancado mechones de pelo. En Hellín ante don Antonio Sánchez, párroco y su hermana, le cortó toda una coleta de cabello. El padre Manuel, cuando estaba presente, la bendecía, aunque ella no lo viera por estar de espaldas, siempre sentía el poder de la bendición sacerdotal y le decía: *Gracias, padre* ²⁴.

²³ A pp. 97-103.

²⁴ Yo soy testigo, p. 45.

Al día siguiente lunes, comenzamos nuestra vida religiosa, en toda su seriedad. Nos levantamos a las seis de la mañana. A las seis y media toque de campana para la oración, ofrecimiento de obras, meditación, Oficio Parvo del Sagrado Corazón de Jesús y de la santísima Virgen. A continuación marcharon a misa a la parroquia de Santa Cristina, ya que entonces no estaban los padres salesianos. Yo tenía que quedarme en casa. Solamente iba los domingos. Una vez que habían llegado a casa, desayunábamos. Cada una hacía su oficio asignado y, después, a coser en los encargos y labores que nos encargaban. Procurábamos conservar el silencio menor con jaculatorias, comuniones espirituales, avemarías en las horas, etc. A las once y media, visita a Jesús sacramentado, María santísima y san José. Seguidamente a coser, continuando en silencio hasta la hora del examen particular, una de la tarde. Después de hecho el examen, comida, a la una y media. Mientras duraba esta, lectura en los Evangelios de unos versículos, y a continuación la vida de los santos. Terminada la comida, una hora de siesta. Esta era de dos a tres. A las tres Vísperas del Oficio Parvo del Sagrado Corazón de Jesús y de la santísima Virgen. A continuación tres cuartos de hora de recreo, o sea de tres y media a cuatro y cuarto, continuando en el trabajo de labores. A las cuatro y media hora de lectura espiritual hasta las cinco. A las cinco, merienda. Seguidamente a coser en las labores, hasta las siete, hora del santo rosario, meditación, completas, maitines y laudes del Sagrado Corazón y de la santísima Virgen. Al final de esto, ocho y media, cena hasta las nueve, leyendo durante ésta de igual forma que en la comida. A las nueve otros tres cuartos de hora de recreación hasta las diez menos cuarto. A esta hora, oración y examen general y a las diez y veinte silencio mayor, y descanso.

Desde este día hasta mayo del año siguiente 1942. Esta fue nuestra vida. A ello agregábamos nuestra hora de adoración que marca la Regla, trasladándonos durante nuestras ocupaciones en espíritu a algún sagrario abandonado ²⁵.

²⁵ A pp. 103-105.

PRODIGIOS DEL SEÑOR

A los 15 días de fundar me convertí en cocinera, lavandera, costurera y planchadora de mis hijitas. En cuanto a la cocina y lavado de ropa, la Madrecita (la Virgen) se encargaba de instruirme. Ella me daba las normas. Yo no hacía más que cumplirlas lo mejor que sabía. Algunos de los guisos los tenemos escritos.

Pronto vi que Jesús y la Madrecita se habían propuesto ver hasta dónde llegaba nuestra confianza. Pasados los primeros días, comenzaron a llover los prodigios sobre nosotras de la manera más milagrosa.

Como las legumbres estaban tan caras, no podíamos comprarlas y comprábamos algarrobas. Cuando íbamos a comerlas, las encontrábamos convertidas en finísimas lentejas. Esto estuvo sucediendo casi dos años. En dos o tres ocasiones, estuvieron a comer en nuestra casa, unas señoritas conocidas, que quedaron extrañadísimas de la finura de la lenteja y, a todo trance, querían saber dónde las habíamos adquirido. Como la cosa adquirida en su primitiva venta, no habían sido lentejas sino algarrobas, no teníamos más remedio que decir que había sido oferta de una caritativa señora. A este cambio tan milagroso se unía otro mayor. La multiplicación. No podíamos comprar más de diez kilos, pues el dinero andaba escasísimo. Pudimos observar que duraban el tiempo que podíamos tardar en hacer una labor. A veces, tardábamos en terminar un encargo cinco y hasta siete meses. Comiendo cinco personas, dos veces al día comida y cena en cantidad abundantísima, duraba todo este tiempo.

En ocasión en que estaba de ecónoma la hermana Adela, tuvimos con diez kilos de alubias, desde el mes de diciembre, hasta el mes de mayo. La medida que ponía en cada comida eran tres cuartos, que para dos comidas era kilo y medio, o sea, que a razón de este peso, con esa cantidad, se podía comer escasamente siete días. Esto mismo sucedía con lo demás. En el tiempo que llevamos de Fundación, que ha hecho once años, el día ocho del pasado mes de junio, no hemos comprado jamás ni un litro de aceite de estraperlo. No dependíamos de otra ayuda que el racionado o sea, cuarto de litro por persona a la semana, y a veces menos. Venían a ser cinco litros del mes. Nosotras después de guisar y freír cuanto hacía falta, tuvimos por una larga temporada un bidón de arroba siempre lleno, sin notar disminución, aun cuando sacábamos cuanto se necesitaba. Teníamos para estar alabando a Dios sin interrumpirlo un solo momento.

Un día, teníamos para segundo plato sardinas. Yo no sé, si porque las compraron malas, o porque tardaron en limpiarlas, lo cierto es que despedían un olor intolerable. Y esto, después de fritas. No teníamos otra cena. Y esto

unido a la falta tan grande del mal empleo del aceite, me armó una angustia de corazón que casi, casi lloraba, al mismo tiempo que suplicaba a la Madrecita se dignara remediar mi situación. ¡Qué buena es nuestra Madre! Terminó la súplica y al momento desaparece el mal olor, trocándose por el verdadero olor de la sardina fresca; al freírse cambió hasta el color y tan ricas estaban que más que sardinas parecían finísimas truchas.

No puedo tampoco pasar por alto, otro prodigio de Jesús y la Madrecita. Uno de los muchos días que nos quedábamos a coser por la noche. Disponíamos de poca cena para tan larga trashedada. Un plato de alubias y un vaso de leche. Viendo esto no pude por menos de dar esta queja. ¡Jesús mío! ¡Madre de mi alma! Yo os suplico os dignéis alimentar a mis hijitas y vuestras. ¡Si no me otorgáis poner en este vaso de leche el alimento de un huevo! Misericordia y delicadeza infinita de Jesús y la Madrecita! Seguidamente la leche cambió de color, se puso amarilla y espumosa, encontrando el mismo sabor que si hubiesen echado un huevo batido.

Cosas parecidas sucedían con el dinero. En ocasión de no tener en casa ninguna provisión de alimentos y sin apenas dinero para disponer comida. Marchaba la hermana a la compra y traía lo que se necesitaba para comer, pudiendo observar al escribir las salidas del día en el diario de gastos, que había hecho el gasto necesario para comer y tenía el mismo dinero que sacó. Esto puede comprobarse en los libros de haber y debe, donde se expresan con toda claridad los ingresos y salidas. Siendo estas casi todos los meses, cifras bastante más elevadas comparadas con los ingresos. De esto podríamos decir muchas cosas, pues la misericordia y bondad de Jesús y la Madrecita han sido inagotables en la realización de sus prodigios con nosotras miserables criaturas²⁶.

²⁶ A pp. 106-109.

MAESTROS DE NOVICIAS

Desde el día ocho de junio de 1941, día de nuestra Fundación, fueron nuestros Maestros de novicias Jesús y la Madrecita. Así me lo dijeron y así se cumplió por espacio de dos años. Cada día venía Jesús, terminada la oración de la mañana, y proponía una virtud a practicar. Esto cada día. Dicha virtud, después de haber dado yo las explicaciones que había recibido de Jesús, la desarrollábamos por escrito. Cada una por sí misma y según las luces que recibíamos. Después de proponernos la virtud a practicar, me hacía un comentario acerca de las Reglas. A continuación yo se lo explicaba y les preguntaba, para saber la interpretación de cada una. De esta forma iban instruyendo nuestras almas en el camino de la santidad, por la práctica de las virtudes y el cumplimiento de nuestras amadas Reglas. Unos días nos proponía a practicar la virtud de la humildad. Otros la obediencia. Otros la castidad o pobreza. Otros nos explicaba las excelencias del voto de víctima de amor. Otros la caridad. Otros la paciencia. Otros la mansedumbre y la dulcedumbre con nuestras hermanas. Un día me explicó cómo había de ser el trato de las Superiores con las súbditas. Otro cómo debían tratar las súbditas a las Superiores, y cómo debían amarse entre sí.

La Madrecita daba sus instrucciones desde Navidad, veinticinco de diciembre hasta el día dos de febrero, y durante todo el mes de junio. El resto del año lo hacía Jesús. Esto no quitaba que la Madrecita se me mostrara en distintas ocasiones.

¡Qué segura estuve durante esos dos años de noviciado! Poco experta en esto, en todo momento era instruida. Jesús y la Madrecita me enseñaron a conducirme con cada una de mis hijas, a estudiar sus caracteres y necesidades y guiarlas, no como a mí me parecía, sino como a cada una convenía. Aquella casita tan pequeña parecía un trocito de cielo, por la alegría, orden, y amor a las Reglas que en todas reinaba. Durante esos dos años vivía en una intimidad grandísima no sólo en lo que se refiere a mi vida interior, sino también en la vida material. Los meses que tuve yo que encargarme de guisar, lavar, coser y planchar, Jesús y la Madrecita fueron mis continuos compañeros. Sobre todo la Madrecita, que, viéndome tan desmanotada para guisar y planchar, se constituía en mi Maestra. Tendría motivos para morir de agradecimiento y amor, a la sola vista de tantos beneficios.

Hasta aquí, nos habíamos ocupado de formar el orden en cuanto se relacionaba al régimen interno y externo del Instituto. Puesto que ya todo estaba en marcha espiritual y material, teníamos que proceder a la elección sobre uno

de los fines para el que había sido creado nuestro Instituto. Formé consejo con la Comunidad y todas de común acuerdo, optaron por la enseñanza ²⁷.

MAESTROS DE ENSEÑANZA

Como la casa era pequeña, en cada banco de poco más de metro y medio, tenían que colocarse cinco niñas. ¡Estaban estrechísimas! A pesar de tanta pobreza y calamidad, teníamos el colegio abarrotado. Durante el día teníamos cuarenta, no podíamos tener más y de cinco a siete entraba otra segunda tanda de otras tantas. La mano de Jesús y la Madrecita velaba sobre nosotras. ¡Con cuánta claridad se veía! Todas por la misericordia de Dios, estábamos bien educadas, pero ninguna tenía título. No ha habido otro colegio en el barrio aquel que haya llevado más ruido que el nuestro. Era comentado hasta por la calle que no había otro colegio donde más enseñaran que en el de María Auxiliadora. ¿Cómo no había de ser, si nuestro sistema pedagógico estaba enseñado por Jesús y la Madrecita? ¡Cuántas gracias debemos dar a Jesús y a nuestra dulce Madre! ¡Nos faltarían lenguas para ensalzar las misericordias y grandezas de Dios sobre nuestro amado Instituto!

En ocasión en que fue nuestro Exmo y Rvmo Prelado a confirmar a nuestra diócesis, el señor obispo Casimiro Morcillo, si mal no recuerdo en el año 1944, quedó encantado de nuestras niñas. No hubo un colegio que presentara niñas más pequeñas que nosotras a recibir el sacramento de la confirmación. Tanto que al examinarlas, extrañado al ver sus acertadas respuestas, hubo de preguntarlas: “¿De qué colegio sois? De las misioneras de la Caridad, respondieron. Y el agregó: “El Señor las bendiga”. Eran en su mayoría niñas de cinco a seis años, y no había una que al pasar por delante de Jesús sacramentado, olvidase hacer la genuflexión ²⁸.

²⁷ A pp. 111-113.

²⁸ A pp. 116-117.

NUEVA CASA

Durante el verano de 1947 el Colegio de María Auxiliadora se traslada de lugar dentro del mismo barrio. El curso 1947-1948 comienza en su nueva casa de la calle Herminio Puertas, 13. A las hermanas, esta casa les parecía un palacio. Casi sentían vergüenza de tener una casa así. Tenía dos pisos y además, unos patios que servirían para el recreo de las niñas. El número de alumnas seguía aumentando. La buena reputación del colegio se extendía más allá del barrio. Las necesidades de la gente iban haciendo aumentar las respuestas de las hermanas. Con la ayuda de algún profesor consiguieron dar clases de bachiller. La ilusión misionera de la comunidad se renovaba, y en medio del trabajo más abundante, siempre había espacio para la oración y, sobre todo, para dar gracias al Señor.

Madre María Luisa tenía mucho entusiasmo por todo y quería siempre estar en primera línea del trabajo misionero. Todas sus habilidades y todo su ingenio estaban a disposición y al servicio de las niñas. Se necesitaba un profesor de latín y como no se encontraba, Madre María Luisa se ofreció a la tarea. A sus 37 años había que verla haciendo ejercicios y rellenando cuadernos para aprender latín. Con la ayuda de un profesor, con gran entusiasmo y en pocos días, se preparó adecuadamente, y se puso a dar clases de latín a las niñas mayores ²⁹.

Los primeros tiempos de la Congregación fueron tiempos difíciles. Tenían prohibición de recibir novicias, lo que duró mucho tiempo. Porque la Congregación, que hacía una espléndida labor eclesial, parecía ser incómoda a alguien. El dueño del piso, también empezó a molestarlas para que se fueran y en 1949 encontraron un chalet de dos plantas y un pequeño patio o jardín en la calle Almirante Requesens. En esta casa todo se pudo organizar mejor con más comodidad. Había ya 120 niñas de alumnas. De nuevo tuvieron que buscar otro sitio, porque querían pasar por allí una autopista y se establecieron en Ciudad Los Ángeles.

²⁹ Escondida en Jesús, p. 158.

FUNDACIÓN EN HELLÍN

El 29 de diciembre de 1951 llegaron de Madrid a Hellín (Albacete) María Luisa y cuatro hermanas. Fueron recibidas por don Antonio, párroco de la Asunción y arcipreste; y por don José Alemán, párroco de San Roque. Los primeros días vivieron en la casa de don Antonio hasta que estuvo preparada la casa del barrio Las Cuevas. La gente se alegró al ver a las hermanas que iban a vivir con aquella gente pobre. Allí entre los pobres la Madre María Luisa se sentía feliz. Enseñaba canciones de todas clases. En coro, a su alrededor, las niñas aprendían a hacer labores. Preparaba diálogos e inventaba escenas y teatrillos. Acudía a los partidos de fútbol para animar al Atlético misionero. Rezaba por todos. Era la promotora de las fiestas y actividades especiales. Sentada en una sillita se afanaba en preparar bocadillos de pan y tortilla para los niños que acudían como moscas al reparto. Con sus explicaciones y sus manos en alto, enseñaba danzas y bailes. Quería muchísimo a los niños más pequeños. Los acariciaba, los comía a besos y los ponía sobre sus rodillas. Las madres se pasaban por la casa para hablar con ella y presentarle a sus hijos. De sus bolsillos siempre salía algún caramelo, algún rosario, algún pequeño crucifijo, alguna estampa escondida ³⁰.

TESTIMONIOS

a) Doña Josefa Lifante declaró: *Sorpresivamente me visitó doña María, hermana del arcipreste, para decirme que su hermano había tenido como un aviso del cielo para que se les proporcionara casa a unas monjitas que venían de Madrid para abrir una casa en las Cuevas. Le dije que sólo tenía un almacén con un patio, con cofines, desperdicios de esparto y ratas y no era lo más apropiado para vivir.*

Le pareció de perlas. Ahí se establecieron, ¡pobrecitas! No he visto almas tan sacrificadas como ellas. No tenían nada en absoluto y se les fue proporcionando todo lo más preciso, para que pudieran vivir en esa casita tan pobre, si así se le podía llamar. Se les proporcionó somieres para que durmieran, por mesilla tenían un cajón, los armarios ni los conocían en aquella época.

La Madre María Luisa vino principalmente para los más humildes y demostró su caridad, enseñándoles, limpiándoles la cabeza llenas de piojos a los niños, curando a los que llegaban con heridas feas. Soy una enamorada de Madre María Luisa, no tanto por sus cosas extraordinarias que por dicha vi,

³⁰ Escondida en Jesús, p. 221.

sino por su humildad, sencillez y caridad, siendo tan inteligente y tan buena no alardeaba de nada, al contrario, estaba como temerosa de que la vieran y de ser mal ejemplo para los demás.

Puedo hablar así tan familiarmente, porque yo fui el paño de lágrimas de ellas y tenía mucho contacto con la Madre porque me preocupaba de todo lo que necesitaban las monjitas y porque me daba cuenta que pasaban hambre y mucha necesidad sin quejarse de nada.

b) La hermana Eucaristía García *anota: Éramos muy pobres, pasábamos muchas dificultades. No teníamos luz eléctrica, ni agua. Traíamos el agua para cocinar y beber de un aljibe y para asearnos y lavar la ropa, de la acequia, colándola con un paño, para que no pasaran las culebritas. Los sábados nos dedicábamos todas con la Madre María Luisa, a quitarles los piojos a los niños, eran grandes filas.*

Los días de semana íbamos a las fábricas de cofines, arroceras, etc., a rezar el rosario con las personas que estaban trabajando. Para las primeras comuniones, se pedía, la madre se gozaba haciendo los trajecitos. Después de la santa misa había costumbre de ir a las Cuevas, para curar e inyectar a los enfermos.

c) Madre María Jesús Huerta: *Empezaron a venir para matricularse. ¡Aquello sí que fue gordo! Acudían como “moscas” a apuntarse; no dábamos abasto. No sé qué se figuraban que era eso de “apuntes”. ¡No nos entendíamos con ellos! Nadie conocía sus nombres, pues era costumbre entender por los motes; además, habían venido algunas madres a dar los nombres y por eso, al pasar lista después, nadie se entendía. Si por ejemplo decíamos: Dolores, Francisco, etc., nadie contestaba. Sin saber ya qué hacer, se nos ocurrió decir: “A ver, ¿cómo te llamas tú?” Hermana me llamo “Lolica”, ¿y tú? “Paquico”, y si no, el mote. Yo no sé el tiempo que pasamos hasta que esto se pudo arreglar. Terminábamos con la cabeza tarumba, porque además, era a voz en grito y cada uno por su lado. Después, al empezar a dar clase, otra odisea. No había ni un pupitre, ni una mesa. No podían comprarse cuadernos, lápices, etc., y nosotras, no teníamos para darles. Se ponían boca abajo en el suelo y así escribían, en un papel cualquiera, que habían encontrado en sus casas. Otros traían un “rulo”, que es un tronco de madera cortado en redondo, y este era su asiento; los demás no podían permitirse ese lujo y el suelo era su asiento.*

Cuando ya empezamos a enseñarles a coser a las niñas, ocurrían otras anécdotas. No tenían telas, hilos, ni caja de labor. Lo más que tenían eran cajas de cartón. La hermana se dio cuenta un día que una “zagala” (como decían ellas) escondía algo y no quería enseñar. Después de un rato, consiguió se lo

enseñara. ¡Pobrecita! Por caja de labor tenía una cacerola colorada, donde guardaba un pedazo de camisa de su padre. Entre las costuras de las telas, había hasta miseria. Pongo esto tan a lo vivo para que mejor se pueda apreciar la dura labor con que tropezábamos.

Llegamos a tomarles muy pronto mucho cariño. Era pleno invierno, e iban semidesnudas, y algunas con vestidos de seda y mangas cortas, que les habían dado a sus madres las “señoritas”, cuando iban a pedir al pueblo. Había veces que sus madres no habían vuelto de pedir y tenían que entrar al colegio sin comer, hasta las cinco de la tarde que salían. Don Antonio Sánchez se complacía en que todos vieran y apreciaran nuestra dura labor y así, sin avisarnos, aparecía con tal o cual visita de Hellín, o de otros lugares.

La Madre estaba muy contenta, viendo que nuestra obra era una pura misión. Ella se quitaba siempre algo de su comida para dárselo a algún niño. Cuando comíamos alguna cosa de dulce, o el postre, se lo guardaba a una niña cojita, que aún vive y la recuerda con mucho cariño.

La Madre María Luisa, después de mucho ensayo y más ensayo, consiguió reunir un coro de niñas y enseñarles a cantar. También les enseñaba funciones de teatro, y era muy gracioso ver cómo con las manos les enseñaba a bailar. Como he dicho antes, sabía de todo, y no le restaba para nada la incapacidad física que tenía. Este es un caso gracioso. Ya que no sabían distinguir lo que era un cantar religioso, porque los primeros días de la fundación, cuando subíamos a la ermita del Calvario, para explicarles la catequesis y les decíamos que cantaran un cantar, uno de ellos dijo: “Hermana, ¿cantamos la tabla?...”. ¡Pobrecitos! Por este detalle se puede apreciar lo atrasados e ignorantes que eran. Por eso les llegamos a tomar tanto cariño.

Como la casa era muy pequeña para la obra social y educativa que realizaban las hermanas, no se dejó esperar el espíritu de lucha e iniciativa de la Madre María Luisa y se presentó al señor alcalde para solicitarle un terreno donde edificar un convento, pues algunos bienhechores habían prometido ayudar para realizar la obra. Al poco de morir ella, el Excmo. Ayuntamiento de Hellín dio el decreto oficial de donación de un hermoso terreno para las obras sociales y educativas y para el convento-noviciado de la Congregación.

Con el sudor y esfuerzo de las hermanas se levantó cada ladrillo de esta obra y con el apoyo de los bienhechores. En este edificio funcionó el Colegio San José, un dispensario, la Escuela Hogar y clases nocturnas ³¹.

³¹ Deyanire Frech López Martha, *Una víctima del amor en pleno siglo XX*, folletos con Él, N° 133, enero 1995, pp. XXII-XXIV.

LA CONGREGACIÓN

El 15 de octubre de 1952 comenzó la casa noviciado en Jumilla. La Madre María Luisa sería la maestra de novicias. Tenía ya 10 esperando. El 1 de enero de 1953 tuvo lugar la toma de hábito en Jumilla de la Madre Luisa y de varias hermanas más. Hasta ahora eran monjas de hecho, pero no de derecho. Los obispados las consideraban como señoritas que hacían una estupenda labor misionera. Por eso esta toma de hábito tenía una gran carga añadida a la celebración en sí. Por fin la Madre, no solo se siente y es, sino además es reconocida oficialmente como religiosa.

El 24 de mayo de 1956 se puso la primera piedra del nuevo convento de Las Cuevas de Hellín. En un principio la Congregación se llama *Misioneras de la Caridad y del amor misericordioso*. Al poco tiempo se suprimió la segunda parte y quedaron con *Misioneras de la Caridad*. Así se las conoció durante treinta años. Y con esta denominación fue aprobada en Albacete como Pía Unión el 8 de septiembre de 1955. Al solicitar en 1973 su aprobación como Congregación religiosa, se les exigió cambiar o añadir algo a su nombre, pues ya existía otra Congregación denominada *Misioneras de la Caridad*. Se optó entonces por añadir y *la Providencia* en recuerdo de la Fundación de don Juan Paco de Jumilla que había desaparecido en septiembre de 1971 y cuyos últimos miembros ingresaron en esta Congregación. De modo que el 14 de agosto de 1974, Monseñor Irineo, obispo de Albacete, aprobó a las *Misioneras de la Caridad y la Providencia* como Congregación religiosa de derecho diocesano. Habían pasado 20 años desde la muerte de la Madre.

El 21 de febrero de 1962 se había cumplido el sueño dorado de la Madre María Luisa, porque cuatro de sus hijas habían ido a tierras americanas para realizar una hermosa misión en Matagalpa, Nicaragua. Actualmente hay fundaciones en España: Hellín, Madrid, Almadén, Jumilla y Villacañas. En Nicaragua en Matagalpa y León. En Honduras en San Pedro Tula. En Costa Rica en Alajuela y La Garita. En Panamá en Remedios-Chiriquí y Alanje-Chiriquí.

ESPIRITUALIDAD

La espiritualidad de la Madre María Luisa no la inventó ella. Su maestra fue santa Teresita del Niño Jesús en lo referente a la infancia espiritual: obrar como niños ante nuestro Padre Dios. Es la espiritualidad del amor. No insiste tanto en ser víctimas, sino recalca el vivir de amor y para amar. Ser víctimas de amor es amar sin medida con la sencillez de los niños a nuestro Padre Dios.

Eso fue precisamente lo que nos enseñó Jesús con su propia vida, al llamar a su padre con la palabra *abba*, que fue la palabra aramea que los niños judíos usaban para dirigirse con confianza a su padre y que significa papá.

Jesús la usa (Mc 14, 36), cuando estaba en su agonía en Getsemaní. San Pablo aprendió la lección y nos enseña a llamar a Dios, papá (Rom 8, 15) y (Gal 4, 6). Santa Teresita nos dice al respecto: *Te aseguro que Dios es mucho mejor de lo que piensas. Él se conforma con una mirada, con un suspiro de amor... Y creo que la perfección es algo muy fácil de practicar, pues he comprendido que lo único que hay que hacer es ganar a Jesús por el corazón Fíjate en un niño que acaba de disgustar a su madre montando en cólera o desobedeciéndola: si se mete en un rincón con aire enfurruñado y grita por miedo a ser castigado, lo más seguro es que su mamá no le perdonará su falta; pero si va a tenderle sus bracitos sonriendo y diciéndole: “Dame un beso, no lo volveré a hacer”, ¿no lo estrechará su madre tiernamente contra su corazón, y olvidará sus travesuras infantiles? Sin embargo, ella sabe muy bien que su pequeño volverá a las andadas en la primera ocasión; pero no importa: “Si vuelve a ganarla otra vez” por el corazón, nunca será castigado*³².

La sierva de Dios sor Consolata Bertrone también aprendió de santa Teresita el camino del amor y repetía constantemente, como Jesús le enseñó, la fórmula: *Jesús, María, os amo, salvad almas*.

La Madre María Luisa nos enseñó este camino del amor con su vida y deseó que sus religiosas hicieran el voto de Víctimas amor. Jesús la recompensó y el domingo de Pascua, 25 de marzo de 1951, le concedió la gracia del matrimonio espiritual o unión transformante por el amor, porque el amor nos lleva a la santidad y la santidad es amor.

Ella decía: *Por amor sacrificarse. Por amor, en todo darse y, aunque es muy dulce morir, por amor querer vivir para poder inmolarse*. Y en carta al

³² Carta del 12 de julio de 1896.

padre Manuel le escribe: *Amando, sufriendo, riendo o llorando, queremos ser hostias de holocausto a tu misericordioso amor. ¡Oh Jesús!*

EL AMOR DE JESÚS

*Un día Jesús se acercó a mí y me dio un beso en la frente, aunque este beso más que en la frente yo lo sentí en el corazón. Al mismo tiempo, me dijo: “¡Cuánto te amo, pequeña mía!”. Y desapareció dejando mi alma llena de amor y paz, que solo Jesús puede dar*³³.

*El día de la Purísima Concepción, estaba abriendo lana para hacer un colchoncito al Niño Jesús, y al mismo tiempo estaba haciendo las aplicaciones de cómo haría ese colchón dentro de mi corazón para que Jesús descansara a su placer. Estaba tan entusiasmada en esto, que no me daba cuenta de cuanto me rodeaba. Me encontraba embebida en cuerpo y alma. Me parecía estar casi en el cielo. Entonces oí la voz de Jesús. ¡Cómo lo conocí! Me dijo: “¡Con cuánto gusto acepto ese descanso que me ofreces! ¡Esposa mía de mi corazón!, abrígame y dame amor por los que me lo niegan”*³⁴.

Un lunes se me apareció Jesús y me preguntó si lo amaba. Yo le dije que sí. Me volvió a preguntar que cuánto. Respondí que mi deseo sería amarlo como su Madre, los santos, los ángeles, los serafines y cuantas criaturas lo aman sobre la tierra.

Por tercera vez me volvió a preguntar y le dije que con todo mi cuerpo, alma y mente. Bien sabía Él que mis anhelos, deseos y afectos los tengo puestos en amarle y servirle con la máxima perfección.

*Entonces me dijo: Hijita, esposa mía, acepta los sufrimientos que te envío para alegrar mi corazón de los sufrimientos que me dan muchas almas al despreciar mis ofertas, dadas con tanto amor para unirlas a mí y hacerlas mías. ¡No me lo niegues! Así se lo prometí, pero soy tan débil que todo lo temo de mí*³⁵.

*El 1 de julio de 1949 Jesús me dijo: Hijita de mi Corazón. Estoy triste, muy triste, pues continuamente me veo ofendido, despreciado e injuriado. Las criaturas de ordinario se emplean en ocupaciones y en distracciones que les roban mi amor y, embotadas, llenas de lo que Yo no soy, no me recuerdan y, olvidando mis beneficios, no hay en sus corazones un átomo de amor para mí*³⁶.

³³ Confidencias de Jesús y María, p. 66.

³⁴ Carta del 13 de diciembre de 1943.

³⁵ Antología, pp. 157-158; (carta del 3 de marzo de 1944).

³⁶ Antología, p. 69.

En la mañana del 18 de julio de 1949 se me apareció Jesús y me hizo confidente de los sufrimientos que al presente le aquejan. Venía llorando, sangrando y todo destrozado. Fue tal la impresión que en mí causó que me eché a llorar y no podía ni preguntarle, pues me hizo sentir tan gran dolor en mi interior. Me parecía como si fuera a perder el conocimiento. Cuando hube recobrado mis facultades, le pregunté: “Mi buen Jesusito, ¿quién te ha herido así?” Él me contestó: “Hija de mi Corazón, los pecados, los enormes pecados de los míos. No encuentro apenas hogares donde implantar mi reino”³⁷.

El 1 de noviembre de 1943 invoqué a Jesús en mi ayuda y al momento lo vi ante mí. Le expuse mis dudas, aunque a Él nada se le oculta y me dijo: “Dile todo a tu padre espiritual, que para eso te lo he dado. Observa cuando te diga y no temas. Piensa cuánto te amo”³⁸.

Y ella anota en otra ocasión: Llevo dos días que Jesús está más travieso. No cesa de hacerme mimos y reclamarme amor. Anteayer estábamos rezando vísperas, me abrasaba vivita. No pude evitar que se diera cuenta la Comunidad, pero no ha parado aquí. Ayer tuve que escribirle dos cartas, pues la primera iba sin pies ni cabeza. Además estaba tan juguetón que me cogía la pluma y no me dejaba escribir. Estuvo todo el día sin parar. Frecuentemente, me preguntaba: “¿Por quién ríes? ¿Por quién cantas? ¿Por quién hablas? ¿Por quién andas? ¿Por quién coses? ¿Por quién comes? ¿Por quien alientas, suspiras y amas?”. Yo le respondía muy quedito: “Por ti, Jesús, todo, Jesús mío. Sólo por Ti”. Al decirle esto se ponía tan contento y daba tales brincos dentro de mí, que me era imposible contenerme.

Yo lo hubiera querido ocultar, pero mi pequeño corazón no podía recibir la fuerza de tanto amor. Estando comiendo no me caí de milagro, pero debí hablar alto, pues las hermanas no cesaban de preguntarme cosas. ¡Qué vergüenza! Y no paró aquí. Como esto ha sido tan constante que aún sigue, estando haciendo la oración de la tarde no pude continuar leyendo, pues me faltaba aliento, tuve que dárselo (el libro) a la hermana Consuelo. Al poco de parar de leer fue tan fuerte la violencia del amor que caí sin sentido al suelo. Cuando salí de este estado, me encontré en la cama. Hoy, después de comulgar, me ocurrió lo mismo. Tuve que salir, nada más cerrar el sagrario, y no había hecho otra cosa que salir de la capilla cuando caí de la misma forma que la

³⁷ Antología, pp. 75-76.

³⁸ Antología, pp. 153.

tarde anterior. Estuvieron conmigo las hermanas y no pude menos de pedirles llorando que me perdonasen, pues no me había podido contener ³⁹.

JESÚS EUCARISTÍA

Jesús presente en el sacramento de la Eucaristía era el centro y el amor de su vida. En una oportunidad Jesús le dijo: *Una sola misa celebrada por un santo sacerdote, una sola comunión recibida por un buen cristiano, pesa más en la balanza de mi justicia y misericordia que todas cuantas obras buenas han podido hacer, hacen y harán los santos y cuantos actos de supererogación puede ofrecer el mundo entero* ⁴⁰.

El Jueves Santo, 14 de abril de 1949, la Madre fue testigo de un fenómeno eucarístico extraordinario. Ella refiere: *Serían las nueve cuarenta y cinco de la mañana, cuando se me apareció Jesús y me dijo: “Vengo a cumplir mi promesa”. Y me entregó una sagrada forma ensangrentada. Esta sangre estaba fresca. Me hizo saber que provenía de un sacrilegio y me encargó le diéramos culto y le desagraviásemos toda la Comunidad, añadiendo: “Para eso he venido aquí”.*

El 28 de abril el padre Pedrosa contempló esa sagrada hostia y escribió su testimonio junto con el de la Madre y el de la Superiora, que entregaron el 3 de mayo al Visitador del obispado. El padre Pedrosa escribió: *Doy fe de lo que he visto con mis propios ojos y tocado la sagrada hostia con sangre seca y que el viernes 29 de abril la vi con sangre roja líquida* ⁴¹.

Durante mucho tiempo cuando no iba a la iglesia por dificultades físicas o no le traían la comunión a casa, generalmente a las cuatro de la mañana, Jesús mismo le daba la comunión.

Un día dice el padre Manuel Soria: *Yo estuve toda la noche ayudándola en sus luchas contra el demonio. Llegó la hora de la comunión. Todo normal, pero, después de recibir la hostia sagrada de Jesús, invisible para mí, ella cerró los ojos y cruzó los brazos como en actitud de acción de gracias. Yo le dije: “En virtud de santa obediencia abra la boca”. La abrió y sobre la lengua estaba humedecida, pero claramente visible sin duda alguna, la sagrada hostia. Lo mismo sucedió el Jueves Santo de 1951 en La Almunia en casa de mis hermanas donde se encontraba. Ese día Jesús le dio la comunión a las siete de la mañana.*

³⁹ Carta N° 374 del 26 de septiembre de 1952.

⁴⁰ Antología, pp. 127-128.

⁴¹ Escondida en Jesús, p. 165.

Lo presenciamos varias personas y vimos la hostia sobre su lengua completamente humedecida y teñida en sangre ⁴².

También la Virgen María le dio la comunión en algunas oportunidades. Ella dice: *Esta noche pasando una noche felicísima. A la comunión vino la Madrecita (La Virgen) a darme el Cuerpo de su Hijo. Todos los años, durante el tiempo de Navidad hasta el día de la Purificación, es ella quien viene a darme la comunión* ⁴³.

LAS LLAGAS

En la Cuaresma de 1949 comenzó a padecer la pasión los viernes de Cuaresma con los signos externos de las llagas. Ella refiere: *En la Cuaresma de 1949, el Señor me hizo saber que deseaba todos los viernes de dicha Cuaresma asociarme a los sufrimientos de su pasión.*

El día 4, primer viernes de Cuaresma, se me apareció el Señor a las 10 menos cuarto de la mañana. Venía crucificado y me dijo: “Prepárate, hija mía, voy a asociarte a mi cruz, estarás por espacio de cinco horas padeciendo idénticos dolores a los míos; estos comenzarán a las 10 de la mañana y concluirán a las 3 de la tarde”.

Llegado este momento, pude ver cómo de sus manos, pies, cabeza, costado y una llaga que Él me dijo la llamaba oculta, salían rayos que iban a dar a mis manos, pies, cabeza y costado, produciendo en mí fuertes dolores. La llaga, que me dijo la llamaba oculta, estaba en el hombro derecho, era muy profunda y había sido producida por los fuertes golpes que le daba la cruz, cuando le cargaron con ella, y que a los golpes se desprendían astillas y se clavaban en su hombro. Me dijo que era una de las llagas que más le habían hecho sufrir y por la que menos adoración recibe.

También venían dos ángeles con la cruz en la cual me veía yo colocada por ellos mismos. Durante estas horas, el Señor desaparecía y, de vez en cuando, venían los ángeles a consolarme y me decían estas palabras que siempre eran las mismas: “Sufre a imitación de tu Señor y nuestro. Eres su pequeña crucificada y no veas en ello más que el amor que te tiene”. Y cuando llegaban las tres de la tarde, se me aparecía el Señor en la figura del Sagrado Corazón y cesaban mis dolores.

⁴² Yo soy testigo, pp. 82-83.

⁴³ Yo soy testigo, p. 105.

Todo esto se repitió durante todos los viernes de Cuaresma, y en uno de ellos me encargó que ofreciera todos mis dolores por un moribundo, que moría a las tres menos cinco de la tarde y no quería confesarse. A las tres me dijo que se había muerto arrepentido e iba al cielo.

El Viernes Santo fueron más fuertes los dolores, que en los viernes anteriores y sentí mayores angustias ⁴⁴.

Desde 1950 quedó estigmatizada con las llagas de Cristo exteriormente. El padre Manuel Soria nos dice: *No siempre sangraban las llagas con la misma abundancia. A veces unas llagas sangraban más que otras y ella sentía el dolor más intenso y constante, especialmente en esas llagas que habían sangrado más: pies, manos, cabeza o costado. Comenzaban los sufrimientos no siempre a la misma hora, pero sí por la mañana temprano y duraban siete u ocho horas. Cuando faltaban 30 minutos para las tres, se ponía en cruz. A veces, las menos, violentamente. Otras, casi siempre, como obedeciendo y teniendo una visión, alargaba primero el brazo derecho y luego el izquierdo y así estaba media hora hasta que agonizaba y moría ⁴⁵.*

Y añade: *No puedo calcular la sangre vertida. Yo creía que cerca de un litro. Las hermanas decían que mucho más. La Madre comía muy poco, pero la última Cuaresma de 1954, año de su muerte, no sólo no comió nada, sino que no bebió agua durante la Cuaresma. Esto fue controlado por el matrimonio en cuya casa vivió y a cuyo cargo estuvo con instrucciones mías. Doña Teresa Peris me aseguró que, por otro lado, todo en la Madre era normal como en cualquier mujer, incluso durante este tiempo de Cuaresma ⁴⁶.*

⁴⁴ Confidencias de Jesús y María, p. 40.

⁴⁵ Yo soy testigo, p. 56.

⁴⁶ Yo soy testigo, p. 63.

CARISMAS

a) AGILIDAD

La agilidad o traslación de un lugar a otro, incluso lejano, en un instante es un don sobrenatural que Dios le concedió a la Madre en algunas ocasiones. Es distinto del don de bilocación, en el que la persona está en dos lugares a la vez o, al menos, la ven así, aunque puede ser que en una esté solo aparentemente o representada por un ángel.

Veamos algunos casos de agilidad en la Madre María Luisa. Anota el padre Manuel Soria: *Muy temprano fui a llevarle la sagrada comunión. Al llegar al piso, encontré a Paco y Teresa consternados. La Madre María Luisa había desaparecido. Teresa lo advirtió al ir a despertarla por la mañana, como tenía por costumbre y ver el lecho vacío... La ventana, que está a unos cuatro o cinco metros de altura del piso de la calle, estaba cerrada. Llamó a su marido. La puerta del piso estaba cerrada con llave y pestillos, como se cierran las casas al irse a dormir, y ellos tenían la llave... Buscaron con afán, sin dejarse un palmo sin mirar... En la habitación de la Madre estaban las muletas, que necesitaba para tenerse en pie y para andar. Más asombro. Allí, cuidadosamente plegado y ordenado, como ella solía dejarlo todo antes de acostarse, estaban el hábito, la toca, las medias y los zapatos. ¡Había desaparecido con el camisón de dormir! Yo marché a predicar, diciendo que a mi regreso, sobre las doce del mediodía, pasaría por allí a ver si había noticias.*

Serían como las diez o las once de la mañana. Paco se había marchado a misa. Teresa estaba en la cocina y oyó que la llamaban por su nombre. Creyó que era alguna vecina, que alguna vez la llamaba por la pequeña galería interior, hasta que se dio cuenta de que la voz venía de dentro del piso. Encontró a la Madre, en su estado normal, sentada en la cama y sonriendo.

- *¡Pero, Madre! ¿Dónde ha estado?, le dijo.*
- *Cuando venga el padre se lo diré a él, contestó.*

Según me explicó, había estado, no sabe si con el cuerpo o fuera de él, en el cielo, contemplando la gloria de Cristo Resucitado. Ella no se había dado cuenta de que había estado ausente de la habitación. Creyó que era una visión, como otras veces. Se lo expliqué luego ⁴⁷.

El mismo padre Manuel Soria nos dice: *A sus hijas las vio varias veces a distancia. A mí también me ha descrito mi celda de carmelita y el desorden de la*

⁴⁷ Yo soy testigo, pp. 75-76.

mesa y el color de algo que había encima de cama. Muchas veces me ha visto celebrar la santa misa y algunas veces predicar. En una ocasión me vio a primera hora de la tarde en un grave peligro moral a 400 kms. de distancia y, al día siguiente, por la mañana, recibí la carta escrita esa misma tarde en la que describía la visión ⁴⁸.

Sigue refiriendo el padre Manuel: *El día 7 de diciembre de 1950 estando yo en Hellín predicando la novena de la Inmaculada me habló por teléfono desde Madrid donde estaba la Superiora Madre María Jesús, diciéndome que la Madre había desaparecido. Estaban en casa solas la Madre Luisa y la Madre María Jesús. La Madre María Jesús subió al piso alto de la casa y, cuando bajó, ya no estaba María Luisa. Dio cuenta a las hermanas. La buscaron inútilmente. Si se hubiera ido, debía haber dejado las huellas en la nieve que había en la calle. Además, siendo de baja estatura, le hubiera sido imposible salir con muletas y caminar sobre 30 ó 40 cms. de nieve. A la mañana siguiente, día ocho apareció en Hellín, donde había ido en tren.*

La Virgen la había acompañado. No tenía dinero ni sabía que estaba a 300 kms. de Madrid en Hellín. Llegó a la estación, siempre acompañada de la Virgen, subió a un carramato que hacía el servicio de los viajeros y se apeó en la plaza frente a la iglesia. Vio a un señor que le dijo que no subiera los escalones, que eran muy altos, sino que subiera por la puerta lateral, que estaba al nivel de la calle. Por allí entró y allí estábamos don Antonio y yo.

Otra desaparición misteriosa fue en Hellín. Las hermanas notaron que la Madre había desaparecido. Acostumbradas a ver cosas extraordinarias pensaron que sería una más. Pasó el día, se hizo de noche y la Madre no aparecía. Faltó varios días de casa. Y un día llamaron al timbre de la casa y allí estaba la Madre de pie sobre sus muletas sonriente y amable, con el hábito todo sucio como de haber estado en el suelo ⁴⁹.

b) BILOCACIÓN

Hay testimonios de su madre, a quien visitaba muchas veces en bilocación.

⁴⁸ Ib. p. 66.

⁴⁹ Ib. p. 74.

c) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Cuando todavía vivía en el Asilo con las mercedarias, *un día tuvo que marchar la Superiora a ver a su familia y me dijo: “Voy a marchar fuera por un poco de tiempo. Yo quisiera que en mi ausencia estuvieras al frente de las religiosas, examinándolas en cuanto puedas y a mi regreso me dieras cuenta de cuanto observares”*. Esto me lo dijo con justa causa. En días anteriores, me llamó y preguntó qué me parecía cada religiosa, y cuáles eran las ofensas particulares con que cada una de ellas ofendía más a Jesús. Yo no me atrevía, pero tras muchos ruegos le dije lo que yo advertía. Sin duda, inspirada de Jesús, había dicho justamente lo mismo que ella veía y viendo esto se atrevió a darme el encargo dicho. Avergonzada por esta proposición, me puse a llorar, diciendo a la Superiora que me dispensase, pues yo no me creía capaz de poder cumplir tal misión, ya que para eso necesitaría yo ser santa y bien conocía mi escasa virtud. Y por otra parte, yo era una simple asilada. Y ¿cómo iba a examinar a las esposas de Jesús, superiores a mí? Viendo esto, aunque algo contrariada, no me volvió a insistir. A su regreso, venía muy atribulada, porque había encontrado enfermo a un hermano suyo y los médicos no acertaban ninguno con la enfermedad que tenía. En cuanto me vio me dijo: “María Luisa, vas a hacerme este favor. Tengo un hermano enfermo. Los médicos no aciertan, dicen que no tiene otra cosa que irritación a la garganta. Pero lo cierto es que él se encuentra mal. Pregunta a Jesús qué enfermedad tiene”.

Tan pronto pude lo hice, y Jesús me respondió: “Dile que está tuberculoso, que al mes justo en que esto te digo morirá, que no llore por él, pues irá derecho al cielo”. La Superiora al pronto lloró, pero le sirvió de mucho consuelo el pensar que iría a gozar de Dios. Al mes justo murió, como Jesús lo había predicho. Ella me llamó y, llorando, me dijo: “Acaba de cumplirse lo que te dijo Jesús: Mi hermano ha muerto”⁵⁰.

d) LOCUCIONES INTERIORES

Jesús le hablaba muchas veces por medio de locuciones interiores. Le hablaba, no solo desde su corazón, sino también durante un viaje en tranvía o desde las iglesias, cuando iba de viaje en el tren, etc.⁵¹.

⁵⁰ A pp. 40-41.

⁵¹ Yo soy testigo, p. 67.

e) FUEGO DIVINO

Asegura el padre Manuel Soria: *En algunos arrobamientos le ocurría el fenómeno del fuego. Le salía fuego por la boca o de otro modo. El rostro se le transfiguraba y arrebolaba de extraordinaria gracia y hermosura. El 8 de abril de 1951 el fuego que sentía en el corazón le subía por la garganta hasta salirle por la boca. Ella se tapó con la sábana y manta, que empezaron a arder de golpe, y hubo que apagarlas. Quedó quemado en la manta el trozo correspondiente a la boca y un trozo mayor en la sábana. El día 9 de abril, después del arrobamiento que duró de seis a diez de la noche, me llamó. Había empezado a arder el camisón por la parte del corazón, sin llama. Yo lo estaba viendo. Daba impresión de que se quemaba como cuando a efectos del sol sobre una lupa se quema la tela o el papel que hay debajo.*

Hice esfuerzos para apagar el fuego sin conseguirlo. Se apagaba por un lado y seguía rápidamente por otro. Era fuego real. Todos los sentidos lo apreciaban. El olfato con fuerte olor a cosa quemada, el tacto, pues me quemé los dedos. Cosa curiosa, habiéndose quemado un trozo del camisón, no se quemó el pequeño escapulario de lana que llevaba al cuello ⁵².

f) VISIONES SOBRENATURALES

Las visiones de Jesús o María tenían lugar a veces en plena actividad: escribir, bordar, coser, etc. Ella dejaba todo lo que estaba haciendo bien ordenado, cada cosa en su sitio, sin dejar de mirar la aparición y luego cruzaba los brazos y se quedaba extática. Las visiones más espectaculares de la Virgen eran las del tiempo de Navidad. Venía la Virgen con el Niño.

Le pedía el Niño a la Virgen y esta se lo dejaba un ratito. ¡Qué cantidad de cosas le decía al Niño! Y le hacía mil caricias y le decía mil lindezas. A veces, la Virgen venía acompañada de algunos santos ⁵³.

En 1929 recibió la visita de santa Teresita todos los 30 del mes durante un año.

⁵² Yo soy testigo, pp. 70-71.

⁵³ Yo soy testigo, pp. 65-66.

g) PERFUME SOBRENATURAL

El padre Manuel refiere: *A primeros de mayo de 1951 hubo un fenómeno sensible, que fue percibido por varias hermanas. Se notó que a distintas horas, se esparcía por su habitación un suave olor a perfume* ⁵⁴.

h) VISIÓN DEL CIELO

Nos dice ella: *El día de Pentecostés de 1946, estaba yo dando gracias, después de haber recibido la sagrada comunión y vi como si saliera de mi interior, una paloma de singular blancura y hermosura que me dijo: “Sigue”. La seguí, no con el cuerpo ni con los pies, sino con el espíritu; y me encontré transportada, yo entiendo que ante el trono de las tres divinas personas, pues allí reconocí al Padre Celestial, a Jesús y a su santísima Madre. Jesús estaba sentado a la derecha del Padre, a la derecha de Jesús la santísima Virgen y, en el centro del Padre Eterno y Jesús, estaba la Paloma que me ordenó la siguiera, y que sin duda era el divino Espíritu.*

Todo esto lo veía en el aire, los tronos ocupados por el Padre, el Hijo y la santísima Virgen eran preciosidades de singular precio y hechos de materia no vista aquí en la tierra.

Estaban rodeados de multitud de personas de ambos sexos, vestidos con libreas de distintos colores, y con utensilios en las manos, palmas, laureles, nardos, azucenas y lirios. Por lo que comprendí serían los santos con sus emblemas, dando a conocer por ellas la ocupación que habían tenido en la vida.

Todos estaban suspensos en el aire. En lugar más bajo, vi multitud de almas impetrando el favor del cielo y de la tierra. Estos representaban a juicio mío, los santos y justos de este mundo. Traté de unirme a ellos en sus súplicas y pude ver que, mientras esto hacíamos, Jesús presentaba al Padre sus sufrimientos desde que nació hasta su muerte, recordándole haberlos sufrido por nuestro amor.

María nuestra Madre, abogaba en favor de los hombres, presentando de nuevo los sufrimientos de su amado Hijo y alguna virtud o buena obra por parte del pecador, suplicando misericordia ⁵⁵.

⁵⁴ Yo soy testigo, p. 72.

⁵⁵ Confidencias de Jesús y María, p. 35.

i) SU ÁNGEL

El padre Manuel Soria refiere: *Hablaba muchas veces con su angelito de la guarda. Su ángel le ayudaba y Dios permitía en ocasiones que los que estábamos allí viéramos escenas maravillosas de ayuda. Después de seis o siete horas de dolor se cansaba y, cuando veía al ángel, le decía: “Áupame, áupame”. Estas escenas por suerte están recogidas en la película que se conserva y aún hoy impresiona.*

*El ángel, muy despacito, la cogía, la subía y sentaba en la cama y la sostenía en brazos. Ella inclinada totalmente hacia el lado derecho en actitud de abandono, casi en el aire con rostro de dicha, estaba así unos 20 minutos hasta que se cansaba y empezaba a decir: “Échame de nuevo”. Entonces de un modo maravilloso, como si fuera la visión de una película a cámara lenta, pero sin golpes, se invertía la actividad del ángel y la iba echando otra vez, muy poquito a poco*⁵⁶.

j) INTERVENCIÓN SOBRENATURAL

En una ocasión le mandó el Señor ir a una iglesia determinada de Madrid, donde había una comunidad de religiosos. Uno de ellos iba a morir pronto, y era muy amado del Señor y vivía mal. El Señor le dijo: “Toca el timbre que hay junto a tal nombre”. La Madre entendió: “Ponte de rodillas aquí, en este primer confesonario”. Y se puso. Al poco tiempo salió el padre. Abrió precisamente aquel confesonario y se sentó: “Ave María Purísima”. La Madre dijo: “Padre, no he venido a confesarme”.

- ¿Pues a qué ha venido?

- *He venido de parte de Jesús, a decirle que se va a morir pronto y debe dejar esa vida de pecado que lleva.*

- *¡Vaya! ¡Ya tenemos aquí una visionaria! ¡Vamos a ver! ¿Usted me conoce?*

- *¡No, nunca le he visto!*

- *¿Cómo me llamo?*

Ella no sabía en aquel momento como se llamaba, pero Jesús le dijo: “Se llama fulano de tal y tal. Nació en tal, tal fecha. Cometió el primer pecado en tal ciudad, con tal persona”. El sacerdote, tocado por la gracia, le preguntó: “¿Y por qué se ha arrodillado en este confesonario? El Señor me dijo: “Después de tocar el timbre, arrodillate aquí”. El sacerdote, llorando, le dijo: “Gracias, Madre. Gracias. Veo que es todo de Dios, porque yo tengo asignado el último

⁵⁶ Yo soy testigo, p. 60.

*confesonario de la nave derecha, pero al disponerme a ir a él, como hago siempre, me he sentido inclinado a meterme en este, que no es el mío*⁵⁷.

SU MUERTE

El día 5 de mayo de 1954 llegó desde Valencia a Hellín, donde estuvo 15 días para despedirse. Estaba muy contenta y les dijo: “Me voy a morir muy pronto”. Y a cada una le decía: “Me despido. Ya no me verán. Me voy a morir”.

Salió de Hellín en tren el 19 por la noche con destino a Madrid. Todas estaban tristes y ella contenta. Les dejó sus últimas palabras: “Ya no me verán más por Hellín, voy a prepararme a morir”. Se despidió de cada una, dándoles su bendición y finalmente les dijo: “Hasta el cielo”.

El día 20 de mayo de 1954, la Madre llegó a Madrid procedente de Hellín. Varias hermanas estaban en la estación esperándola. Cuando bajó del tren, las abrazó muy contenta, y les dio rápidamente la alegre noticia: “Me voy a morir. Me ha dicho Jesús que me va a llevar muy pronto”. En el camino, sobre esto fue su comentario. Al llegar a casa, a todas fue comunicando la noticia. En su cara, llena de alegría, parecían brillar más sus ojos transparentes.

El día 27 tuvieron una larga charla, por la mañana, el padre Manuel y la Madre. Al finalizar, al mediodía, ella subió muy contenta en busca de la Madre María Jesús, para decirle que el padre la llamaba para darle un recado. Sentados los tres en el recibidor, el padre dijo a la Madre María Jesús: “Como la Madre se va a morir pronto, hay que dejarle tiempo para prepararse. Es su deseo no tener ningún cargo, y otra debe ponerse en su lugar. Ha dicho la Madrecita que sea usted nombrada Madre General”.

Hablaron un rato más y llamaron a la Comunidad. Las hermanas, que estaban haciendo el examen, bajaron. Después de una breve explicación, fue proclamada la Madre María Jesús como segunda General de la Congregación. Todas fueron abrazando y besando a la nueva Madre General. La Madre se acercó la primera, y al verla emocionada y llorando le dijo, mientras la acariciaba: “No llore que yo la ayudaré”⁵⁸.

El 29 se puso mala y fue empeorando rápidamente hasta entrar muy pronto en coma profundo. Avisaron al padre Manuel, que regresó a Madrid junto al padre Roberto. La Madre no reaccionaba ante nada. Todos confiaban

⁵⁷ Yo soy testigo, p. 85.

⁵⁸ Escondida en Jesús, pp. 274-277.

que esta sería una de tantas enfermedades que el Señor le mandaba y que acabaría curada, pero no. El coma duró varios días. El día 5 de junio a las siete y media de la mañana, por primera vez durante la enfermedad, abrió nuevamente los ojos, miró a las hermanas, miró al Sagrado Corazón, cuya imagen había en la habitación y en seguida los cerró muy despacio y para siempre. Era el día 5 de junio de 1954. Quedó su cuerpo flexible. Su rostro apacible y sereno. Sobre sus manos cruzadas como en oración, aparecían hermosas las señales de las llagas. El entierro fue el día 6 a las seis y cuarto de la tarde. Acudió mucha gente. Fue llevada en hombros por las calles de Madrid hasta el cementerio sacramental de los santos Justo y Pastor. Iba en una sencilla caja blanca, tapada con su capa negra como se encierra a una niña ⁵⁹.

El 14 de agosto de 1974 se hizo el traslado de sus restos desde el cementerio de los Santos Justo y Pastor de Madrid hasta la capilla de la Casa Madre en Hellín, donde actualmente reposan. Se reunieron para la ceremonia del traslado, además de las hermanas de España y América, muchos amigos de la Madre Luisa. Especialmente estaban presentes su madre y sus hermanas y sobrinos.

Ella dijo en algunas ocasiones que quería que sus restos, como los de santa Teresita, sufrieran el proceso normal de corrupción. A ello ayudó el hecho de que en su sepultura se hicieron obras de ampliación y estuvo mucho tiempo su sepultura a la intemperie y sin techo; y toda la suciedad y casquetes y tejas rotas cayeron encima. Sin embargo, al abrir la caja todos la pudieron reconocer.

⁵⁹ Escondida en Jesús, p. 280.

BIBLIOGRAFÍA

- Deyanire Frech López Martha, *Una víctima del amor en pleno siglo XX*, folletos con *Él*, N° 133, enero 1995.
- Madre María Luisa Zancajo, *Confidencias de Jesús y María a M. María Luisa*.
- Martín del Blanco Mauricio, *Ofrenda al amor misericordioso. Voto de víctima de amor. Santa Teresa del Niño Jesús. Madre María Luisa Zancajo*, Separata de la revista Monte Carmelo, Burgos 112 (2004), pp. 97-181.
- M. María Luisa Zancajo, *Autobiografía*, Ed. misioneras de la Caridad y la Providencia.
- M. María Luisa Zancajo de la Mata, *Antología de sus escritos*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2006.
- Tolín Arias Alfredo, *Escondida en Jesús*, M. María Luisa Zancajo de la Mata, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2004.
- Tolín Arias Alfredo, *Misericordia divina y víctima de amor*, Reflexión teológico-espiritual desde la experiencia de Dios de Madre María Luisa Zancajo, Facultad de teología del Norte de España, Burgos, 2007.
- Se conservan más de mil cartas suyas, entre las que se destacan las 600 enviadas al padre Manuel, su segundo y principal director espiritual. Por su mandato escribió también su Autobiografía. Entre 1943 y 1947 escribió detalles de su vida interior en las cartas dirigidas al padre Pedrosa, su primer director espiritual. Entre otros escritos está el titulado: *Voto de víctima de amor*. Redactó las *Reglas* para dirigir a sus religiosas y entre 1929 y 1949 escribió las *Confidencias*, que recibió de parte de Jesús.
- Soria Agudo Manuel, *Yo soy testigo*, Hellín (Albacete), 1984.

&&&&&&&&&&&